

Mi

**HIGHLANDER  
INFAME**

*Esmeralda Lynn*

# Tabla de Contenidos

[Copyright](#)

[Capitulo uno](#)

[Capitulo dos](#)

[Capitulo tres](#)

[Capitulo cuatro](#)

[Capitulo cinco](#)

[Capitulo seis](#)

[Capitulo siete](#)

[Capitulo ocho](#)

[Capitulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Fragmento de La Novia del vikingo](#)

**Mi Highlander infame**

**Esmeralda Lynn**

Copyright Esmeralda Lynn© 2020

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización expresa del autor.

Este es un trabajo de ficción destinado a mayores de 18 años. Todos los nombres, eventos y lugares aquí reflejados son ficticios.

# Capítulo Uno

—Debes mantenerte alejada de tu hermano bastardo, Beth...—. Mi padre dijo antes de tomar un sorbo de vino. Por su tono de voz sombrío, y el hecho de que estaba bebiendo a esa hora de la mañana, supe que estaba preocupado. El Señor del clan McCulloch rara vez bebía, o hacía algo que rompiera las leyes de la decencia. Excepto cuando tuvo sexo con una mujer que no era mi madre y concibió un bastardo—. Rob Dalry es peligroso.

—Empiezas a sonar como Madre. —sonreí.

Mi madre odiaba a Rob, pues él era un constante recordatorio de la traición de mi padre. Pero mi sonrisa se desvaneció cuando vi a mi padre fruncir el ceño. Realmente estaba preocupado, y yo comenzaba a preguntarme cual era el verdadero motivo por el cual me había convocado a su estudio esa mañana.

—Solo prométeme que mantendrás tu distancia...—puso una mano sobre mi hombro—. Siempre has sido una muchacha impulsiva, tal vez demasiado para tu propio bien, pero hazme caso en esto, por favor.

—Lo prometo...—asentí.

Tampoco sería una tarea muy difícil: por algún motivo que yo desconocía, mi hermanastro Rob me odiaba con todas sus fuerzas. Desde el primer día que llegó a nuestras tierras, sus ojos verdes solo han mostrado desprecio hacia mí.

—Serás una buena esposa algún día...un Lord será muy afortunado de tenerte a su lado, como yo tengo la suerte de tener a tu madre —Mi padre sonrió antes de tomar otro sorbo de vino. Yo me encogí de hombros.

¿Y tu forma de demostrarle lo agradecido que te sientes es traicionándola con una mujerzuela y concibiendo un bastardo? quise decir, pero me mordí la lengua. Ese tipo de respuestas eran las que mellaban mi reputación, y sentía deseos de más problemas. No esa mañana.

Tampoco sentía deseos de repetir con mi padre nuestra discusión sobre el matrimonio. No quería decirle de nuevo que me negaba a ser la esposa calma y sumisa que tolera las injusticias con una sonrisa, que aceptaba en su lecho a un hombre que no amaba y le daba herederos como una yegua de cría.

Esa vida no era para mí.

Pero yo también sabía que jamás me permitirían gobernar el reino de McCulloch como lo habían hecho mi padre y mi abuelo antes que yo.

Observé nuestras tierras por el gran ventanal de mi padre; los tonos ocres se esparcían entre los árboles y las montañas lejanas, anunciando que el otoño que había llegado. Incluso el cielo matinal tenía tonos anaranjados. Justo debajo nuestro, en las cercanías del castillo, los sirvientes, herreros y artesanos estaban inmersos con sus tareas, ajenos a las intrigas que preocupaban a mi padre y a mí. Intrigas que rodeaban a mi hermano bastardo.

—¿Necesitas algo más de mí, Padre? —pregunté, volviendo a la realidad.

—No...—mi padre sonrió, acostumbrado a mis ensoñaciones diurnas—. Pero no pierdas mucho tiempo cabalgando hoy, ni jugando con espadas o libros. Me han informado que has faltado

a tus últimas clases de costura.

—La costura es aburrida —Asentí de nuevo antes de retirarme. Bajé por las escaleras de piedra y crucé el patio principal. Era una mañana demasiado hermosa para preocuparme por mi hermanastro, y ordené que prepararan mi caballo para un paseo. Pronto el otoño daría lugar al invierno y sería imposible disfrutar un libro en la soledad del bosque. Actividad que disfrutaba mucho más que las clases destinadas para señoritas como yo.

Mientras esperaba en la caballeriza con mi libro bajo el brazo, Rob Dalry se aproximó a mí, silencioso como un depredador.

—¿Salimos de paseo de nuevo, princesita? —me hizo una reverencia exagerada y burlona. Siempre hacía eso, ponerme en ridículo, era obvio que lo disfrutaba. Cuando levantó la cabeza de nuevo, sus cabellos rojos cayeron sobre su rostro, desordenados como de costumbre. Bajo esos rizos yacían su sonrisa lobuna y sus ojos verdes. Tan verdes como los míos, y a la vez, tan diferentes. —Supongo que la realeza hace lo que quiere.

—Voy a dar un paseo y disfrutar de un libro —respondí, de manera seca. La verdad era que Rob Dalry me intimidaba; su presencia hacía que una extraña cosquilla irradiara desde mi pecho hacia el resto de mi cuerpo.

—Tú y tus libros...—refunfuñó.

—Si, ya sé lo que vas a decirme —puse mis ojos en blanco y repetí la misma pregunta que tanto nobles como criadas me repitieron desde que tenía memoria—, *¿por qué pierdes tanto tiempo leyendo si eres mujer?*

—No iba a decir eso —me sorprendió Rob— Iba a decirte que hay toda una vida fuera de esas páginas, ¿lo sabes? Deberías vivirla.

Y dio un pequeño paso hacia mí. De nuevo, pude apreciar sus ojos verdes observándome, y el calor en mi pecho bajo inmediatamente hacia mis muslos mientras Rob me sonría. Tenía un par de años menos que yo, pero mucho más alto y fuerte. Si yo hubiese tenido la mitad de la malicia que Rob, hubiese hecho hincapié en que él jamás disfrutaría de un buen libro pues los bastardos no saben leer. En su lugar, dije:

—Pues... ¿Qué haces tú aquí? ¡Deberías estar en la lección de esgrima! —noté como mi voz tembló un poco. Giré mi rostro a ver cuando llegaba el mozo de escuadra con mi caballo. Parecía tardar una eternidad. Las rodillas me temblaban en la presencia de mi hermanastro.

—No necesito lecciones de esgrima....soy diez veces mejor con la espada que cualquiera de este clan —Rob me respondió entre dientes —Si la gente valorase más el talento que los apellidos, el juego sería otro....Muchos Lord serían mis escuderos.

—¿Qué creído eres! —Lancé una carcajada, y al oírla, Rob dibujó una media sonrisita que me tomó por sorpresa.

—Soy mejor que tú con la espada —me dijo, confiado.

Volví a mirar a Rob, lanzándole una maldición por lo bajo que a él le pareció graciosa. Era cierto que era mejor espadachín que yo; de hecho, era el mejor que había visto. No poseía mi técnica elegante, pero poseía la fuerza y la agresividad típica del bastardo. Supongo que era consecuencia de una crianza mucho más pobre y violenta que la mía; en el pueblito de Dalry tenías que ser fuerte para sobrevivir. Los rumores decían que Rob había asesinado a su primer hombre a los nueve años, cuando este intentó robarle lo que había ganado mendigando en el día. Ahora mi hermanastro estaba frente a mí, usando las mismas ropas que yo, con el kilt de mi familia colgando de su espalda y sujetado con un broche de plata. Pero con una simple mirada a sus cabellos rojos

y salvajes, o su mueca cruel, era obvio que él no pertenecía allí, que era un bastardo.

Yo debería ser la única persona que lo veía como un igual, como a un hermano. Irónicamente, yo también era la persona que recibía más rechazo de su parte.

El mozo de escuadra llegó con mi caballo favorito; una yegua joven de color negro como la noche. Tomé sus riendas y acaricié su hocico.

—Rob... ¿no quieres dar un paseo conmigo? —le pregunté, vacilante. No sé qué diablos se me había metido para hacerle tal invitación. Rob no amaba los caballos como yo, de hecho, ni siquiera le gustaban las personas. Era más afín con los perros. —Hace meses que llegaste aquí y todavía somos como dos extraños.

Los segundos que esperé su respuesta me faltó el aire. No sé que impulsó mi invitación, pero de pronto me pareció injusto que este muchacho, tal vez un tanto bocón e insoportable, pero un muchacho al fin, recibiera tanto desprecio por algo de lo cual no era culpable. No tenía la culpa de lo que había ocurrido antes de nacer, ni merecía el desprecio de mi madre ni el mío.

Sin embargo, lo que Rob leyó de mi propuesta fue lástima.

—No tengo nada que hablar contigo —Rob refunfuñó. Era obvio que él no tenía tantas ganas de tener una hermana como yo. —Disfruta el paseo, princesita.

Y me ofreció otra de sus sonrisas desconcertantes. Una sonrisa que me acompañó durante todo mi viaje, y que me hizo imposible concentrarme en mi lectura.

Esa mañana cabalgué lejos de las proximidades del castillo, y me adentré en los bosques de McCulloch. Estas tierras también le pertenecían a mi padre, sin embargo, aún conservaban esa belleza salvaje de lo inexplorado. Allí me sentía lejos del mundo, rodeada por las altas copas de los árboles que cubrían la luz de sol y los sonidos de los pájaros y bestias distantes. Descendí de mi caballo al llegar a un claro, y me arrojé en la hierba a disfrutar de mi libro. Pero el rostro de Rob seguía rondando en mi mente, despertando preguntas y sensaciones perturbadoras en mí.

Dejé caer el libro sobre mi pecho y suspiré, frustrada. No iba a ser posible leer nada hoy. No con Rob Dalry en mi cabeza. Recordé el día que él llegó a nosotros; su madre natural había muerto de fiebre y el muchacho estaba solo en el mundo. Era un secreto a voces que mi padre había engendrado un bastardo en el pueblo de Dalry hacia casi veinte años atrás. Pero no fue hasta que Rob apareció en nuestro castillo con sus ropas derruidas y su cuchillo en el cinturón que tuvimos la certeza. Mi madre lo odió al momento de posar sus ojos en él, poco le importaba si el chico moría de hambre. Pero mi padre decidió que Rob viviría con nosotros. Aunque le concedió el derecho de usar el nombre de nuestro clan, detrás de sus espaldas todos continuaban refiriéndose a él como Rob Dalry, el nombre de su pueblo natal.

Yo sé muy bien que no fue piedad lo que motivó a mi padre a aceptar a Rob; si no el hecho de que necesitaba un heredero varón. Mi hermanastro sería un bastardo, pero tenía ciertas características que a mí me faltaban, como fuerza en combate, resistencia y agresión. Características que yo como mujer tenía prohibidas, pero que eran deseadas para el heredero de una casa noble.

Y lo que más me enfurecía era que, desde niña, siempre supe que mi padre estaba decepcionado de que yo sea mujer, y trate de compensarlo siendo una excelente espadachina, rechazando las actitudes sumisas de las damas nobles, y educándose para gobernar las amadas tierras de los McCulloch con honor y justicia,

Peor a él no le importó. Solo le importaba que yo era mujer, y por ello mi destino era casarme con algún Lord que yo no amase.

Aun así, nunca rechacé a Rob. De hecho, su llegada a nuestro castillo había sido lo más

excitante que me había ocurrido en la vida. Siendo hija único, la idea de un hermano con quien compartir intereses y tiempo era algo increíblemente excitante. Pero Rob se encargó de destrozar mis ilusiones en pocos días; nunca he recibido de su parte más que rechazo y bromas vulgares. El único momento del día que compartíamos era cuando yo invadía el entrenamiento de esgrima, el resto del tiempo Rob se la pasaba bebiendo en tabernas y metiéndose en problemas.

Miré hacia el horizonte, el sol me indicaba por su posición que ya era casi mediodía. Debía volver al castillo pronto. Guardé mi libro, del cual no pude leer ni una sola página, y subí nuevamente a mi caballo.

Cuando llegué a la caballeriza, estaba vacía. No pude encontrar al mozo de escuadra por ningún lado. En su momento no me pareció nada extraño; a esa hora se les otorgaba un descanso a todos nuestros sirvientes para que coman algo. Entré al establo y guardé a mi yegua yo misma, asegurando bien la puerta de su corral para que no escape. Tomé un cepillo y comencé a acicalar su piel, cuando escuché un sonido extraño. Provenía del fondo de la caballeriza, donde usualmente se guardaba el heno, y sonaba como si alguien estuviese herido. Presté atención, y la segunda vez el gemido sonó más largo y lastimoso. Aun con la nula experiencia que tenía en esos asuntos, reconocí que era una muchacha gimiendo de placer.

Debería haberme retirado sin decir nada, pero esos sonidos me provocaron una fascinación instantánea. Sigilosamente, caminé hacia el fondo de la caballeriza, buscando la fuente de esos sonidos que aumentaban en intensidad. Cuando descubrí el origen, tuve que cubrirme la boca con ambas manos para no gemir yo.

Una de las criadas estaba desnuda en el piso, en cuatro patas como una bestia, y mi hermano Rob estaba follándola como si quisiera asesinarla con cada embestida. También estaba desnudo, y me tomé un momento para observar su piel pálida, desnuda y cubierta de sudor. El cuerpo de Rob era fuerte, con hombros y espalda anchos, y brazos bien modelados. Sus manos estaban sujetando a la muchacha de la cintura, y la atraía con facilidad hacia su cuerpo, enterrando su polla cada vez más profundo.

Inmediatamente, sentí un relámpago recorrer todo mi cuerpo. Cada nervio estaba despertando hacia esa visión obscena. Mi respiración y mi pulso se aceleraban mientras me escondía entre el heno, cuidadosa de que no me descubrieran. Mis ojos devoraban la escena, estudiando el cuerpo desnudo de mi hermano, y como sus caderas empujaban hacia adelante y atrás para follar a la muchacha aún más duro. Ella apretaba sus párpados y se mordía los labios, tratando de no gritar muy alto. Su rostro estaba acalorado y retorciéndose de placer mientras mi hermano la follaba brutalmente.

—¿Te gusta esto? —Rob le gruñó al oído, mientras sus caderas embestían todavía más rápido.

Ella balbuceó algo inentendible, cuando oí a mi hermano decir esas palabras deseé con todas mis fuerzas que me las estuviera diciendo a mí. Su voz profunda retumbaba entre mis piernas, donde unos molestos cosquilleos habían aumentado al punto de impedirme respirar bien. Volví a observar a mi hermano y a la chica, por suerte ninguno de los dos se había percatado de mi presencia allí. Estaban demasiado inmersos en su propio placer, lo cual también me provocó una enorme envidia.

Instintivamente deslicé mis manos bajo mi falda y subí por mis muslos. Estaban ardiendo. Mientras mis ojos no se apartaban de mi hermano. Sus músculos se contraían de una manera hermosa con cada embestida, y una finísima capa de sudor cubría su piel pálida. Sus manos eran grandes, con dedos largos y fuertes, sujetando con fuerza la cadera de la mujer. Su espalda era ancha, y su abdomen era plano, con músculos definidos asomando bajo la piel.



No sabía muy bien qué hacer; pero mis dedos buscaron ese punto entre mis piernas que no cesaba de latir. Al acariciarlo, un relámpago recorrió mi espina dorsal. Otra vez me mordí los labios para no gemir, y continué explorando entre mis pineras con mis dedos. El placer y el alivio que eso me brindaba era adictivo, así como la escena frente a mis ojos.

En un momento Rob retiró su polla de la muchacha, solo para embestirla de nuevo por completo. Ella respondió con un largo gemido de placer, y yo aproveché para admirar la polla de mi hermano. Era la primera vez que yo veía el miembro de un hombre, era ancha y gorda. Con razón ella gemía y se retorció de esa manera en el piso. Comencé a masturbarme con más ímpetu, mientras imaginaba como se sentiría la polla de mi hermanastro dentro de mí.

—¿Quieres que me corra en tu coño? —Rob gruñó entre dientes mientras le daba un sonoro bofetazo en el trasero al muchacho. Yo me froté mi clítoris aún más rápido mientras mis muslos y ardían. Ella apenas podía hablar, su rostro estaba enterrado en el piso del establo, balbuceando, gimiendo. Su cuerpo se retorció de placer mientras mi hermano embestía más duro dentro de ella.

Mi clímax llegó antes que el de mi hermano, como una ola que me golpeaba con fuerza y arrojaba mi cuerpo inerte en la playa. Yo no dejaba de dibujar círculos alrededor de mi clítoris, empapado mientras pulsaba con un placer increíble. Nunca había tenido una sensación tan intensa en mi vida. Y sé que fue todo gracias a mi hermanastro. Tuve que morderme los labios para no gemir mientras el placer me invadía. Cuando abrí los ojos de nuevo, jadeante y culpable, Rob y la criada seguían follando a la distancia, sin percatarse de mí.

Cuando el placer se desvaneció, tan rápido como había llegado, me encontré llena de culpa. Culpa de haberlos espiado, de haberme masturbado, de los pensamientos que había tenido con respecto a mi hermanastro. Mi cuerpo estaba exhausto y satisfecho, pero miles de preguntas invadían mi mente. Preguntas de las cuales me asustaba conocer las respuestas.

Con dedos temblorosos y un nudo en la garganta, me acomodé la falda nuevamente y salí corriendo del establo sin mirar atrás. A la distancia, mi hermanastro gruñía de placer mientras su eyaculación llegaba.

## Capítulo dos

Llegué a la clase de costura con la respiración agitada. Hice lo posible por lucir normal, pero por mi rostro enrojecido era obvio que algo había pasado. Entré al gran salón, en donde los retratos de nuestros antepasados decoraban las altas paredes de piedra y el fuego de la chimenea ardía lentamente. En la gran mesa, las damas e hijas del clan McCulloch cosían y bordaban con dedos delicados mientras compartían algún cotilleo poco interesante.

Mi madre se sentaba en la cabecera, usando vestido y su kilt con el emblema de nuestra familia bordado delicadamente sobre su corazón.

—¿Ocurre algo, Beth? —mi madre frunció el ceño—. Luces acalorada, y preocupada.

El resto de las mujeres alzaron sus ojos redondos hacia mí, como ciervos curiosos.

—Me temo que me retrasado en el bosque...estaba tan inmersa en mi lectura que perdí noción del tiempo y tuve que correr para no llegar tarde.

Nunca fui buena para mentir, pero por lo visto mi madre me creyó. Le ordenó con una mirada a los sirvientes que llenaran mi copa de agua y me apresuré a beberla.

—Eres Beth McCulloch, mi única hija...y ya eres una mujer. Necesitas sacar tu mente de las nubes y prestar atención a los asuntos terrenales—. Mi madre me regañó antes de regresar la atención a su costura.

Me mordí la lengua; no sentía deseos de discutir con ella tampoco, de explicarle una vez más que no me interesaba lo que ella consideraba asuntos terrenales. Es decir, casarse y dedicarse a las tareas del hogar. Y, además, yo todavía em encontraba perturbada por aquella escena en la caballeriza, intentaba no pensar en ello para no agitarme, pero no podía quitarme de la memoria la fascinante imagen de Rob desnudo.

De tan solo recordarlo, los cosquilleos entre mis piernas regresaban para torturarme.

Asentí con la cabeza y fingí preocuparme por el bordado sobre mi regazo. La conversación entre las damas continuó, y en un momento, mis ojos viraron hacia el pasillo. Los vasallos de mi padre se paseaban por ellos en sus kilts multicolores. Mi padre había convocado un concilio aquella tarde. Por aquellos días el reino de McCulloch atravesaba días complicados; varios clanes aliados estaban actuando de manera violenta. Y Dalry, el pueblo de dónde provenía Rob, estaba al borde la rebelión abierta.

Normalmente, hubiera sacrificado mi brazo derecho para formar parte de ese concilio, para escuchar a los líderes hablar de política, guerra y economía. Temas que siempre me han parecido más interesantes que una sosa clase de bridado. Pero por supuesto, yo tenía prohibido participar de aquellos asuntos por ser mujer. No importaba que yo era la hija del líder del clan, era mujer, y mi obligación era casarme y parir hijos. Tampoco importaba que mis extensas horas de lectura me daban más conocimiento que muchos de los vasallos de mi padre. Mi deber era ser bonita y obediente.

Pero aquella tarde, aunque me hubieran permitido asistir a la reunión de los hombres, mi mente estaba en otro lugar. No podía dejar de pensar en Rob, en su hermoso cuerpo joven contrayéndose

de placer mientras gruñía. Y con qué habilidad dominaba a esa muchacha, llenándola de gozo. Con cierta tristeza, me pregunté si yo alguna vez llegaría a experimentar algo así en mi vida.

Probablemente no.

Mi destino sería abrir las piernas para algún vasallo que mi padre eligiera basado en conveniencia política. No habría amor, ni muchos menos placer.

De pronto, sentí una envidia rabiosa por aquella criada en la caballeriza.

Esa noche, la cena fue igual o más incómoda que la clase de costura. Luego de un baño, en el cual me asistieron mis sirvientes, me vestí con una vestido de lino de tono esmeralda, me perfumé el cabello y me encaminé al comedor principal.

Mi madre me recibió a brazos abiertos y depositó un beso en mi mejilla.

—Beth ¿te sientes bien? Desde hoy te ves extraña.

—Estoy bien, Madre —besé su mano para reconfortarla, pero mi madre veía a través de mí. Siempre fui más cercana a ella que a mi padre. Y sé que mi amor por los libros se debe a ella leyéndome poemas antes de ir a dormir cuando era niña.

Cenábamos los tres solos en el gran comedor, iluminado por decenas de velas. Mis padres usaban sus mejores ornamentos, aunque no tuviésemos ningún invitado. Los criados nos traían los platos en bandejas resplandecientes de plata, y servían agua en nuestras copas. El menú esa noche consistía en venado con cebollas y pan negro. Pero yo tenía un apetito nuevo, que no podía saciarse con comida.

Rob irrumpió en el salón con un estruendoso portazo.

—Buenas noches, mi amada familia...—Hizo una reverencia torpe, que demostraba lo borracho que estaba. Pero además de su torpe caminar hacia nuestra mesa, apestaba a vino barato. —¿Puedo unirme a ustedes?

Rob se desplomó en una silla enfrente de mí. Su presencia hizo que mi estómago cosquilleara.

—Vas a hacerlo de todas maneras—. Mi madre hizo una mueca de disgusto y se cubrió la boca con una servilleta. Pero habría hecho ese gesto, aunque Rob oliese a rosas. Por primera vez en mi vida, sentí rabia hacia mi madre por tratar a mi hermanastro así. Era extraño ver a la misma mujer que me había otorgado amor durante toda mi vida, ser tan fría y distante con otro. Me pregunté si la madre natural de Rob había sido cariñosa con él alguna vez.

Rob atacó un trozo de carne con hambre voraz. Realmente parecía un lobo devorando un cordero, sus ojos verdes brillaban y su mentón se salpicó de sangre. Y yo no podía dejar de observarlo.

—Beth...—mi madre cambió el tema de conversación, ignorando a Rob. —He recibido una carta del clan McClumsky esta mañana, me informan que el hijo mayor está buscando esposa.

—N-no sé qué me quieres decir con eso...—titubeé. Sabía perfectamente lo que mi madre estaba tratando de implicar.

—Quiere decir que le interesa tu coño—. Rob terminó su carne y alzó su copa —¿Agua? ¿Por qué no hay vino?

No pude evitar soltar una carcajada. Rob fijó sus ojos en los míos y me sonrió. Esa sonrisa fue directo a mi entrepierna y me vi obligada a apartar la vista.

—Eres un cerdo...—mi madre suspiró.

—Rob, compórtate—. Mi padre amenazó—. Y tú ya has tomado por los tres de nosotros.

—Beth...—mi madre retomó el hilo de la charla —Ya es hora de que empecemos a buscarte un esposo.

Ahora fue Rob el que soltó una carcajada obscena.

—¿¡La princesita?! ¿Casada con un Lord remilgado? —Rob estalló de risa una vez más, ante los ojos ofendidos de mis padres —¿Cuántos soldados van a hacer falta para meterlo en la cama con Beth? Y una vez allí, no va a tener idea de qué hacer. Ella se merece un lobo, no un cordero. Solo estoy pensando en la felicidad de mi hermanastra ¿realmente la imaginan a ella como una ama de casa? ¡Para eso córtense las piernas y enciérrenla en el torreón por el resto de su vida!

—Dalry, si no cierras la boca te haré azotar en público....—Mi padre amenazó a mi hermano, y las risas acabaron. Un silencio incómodo llenó el salón, y mi madre no podía ocultar su disgusto.

—Si me disculpan...me retiro a mis aposentos...—dije al ponerme de pie. Mi familia no dijo nada, pero un momento antes de retirarme del salón, mis ojos se posaron en los de Rob, y él me guiño el ojo.

## Capítulo tres

Era cerca de la medianoche, y yo seguía despierta. Mi recámara estaba iluminada por la tenue luz de la luna llena que entraba por el ventanal, la brisa nocturna agitaba suavemente mis cortinas de terciopelo. Había hecho a un lado los pesados cobertores de mi cama, la noche se sentía más calurosa y húmeda que de costumbre. Y yo no podía dejar de pensar en Rob.

¿Por qué había hecho esos comentarios en la cena? Él siempre disfrutó provocarme, ¿a qué se debía su comentario sobre que yo no sería feliz casada? Tenía razón, pero...¿desde cuándo a Rob le importa mi felicidad?

*Ella merece un lobo, no un cordero.*

¡Desgraciado!

Dejé escapar un largo suspiro en la soledad de mi cama. Sentía que, aun siendo un bastardo, Rob era más libre que yo. Él podía follarse a quien deseara. Mientras que yo estaba destinada a compartir mi cama con algún noble que no amase.

Aun así, debía olvidar los pensamientos impuros que me acosaban. Desear a un hombre siendo soltera ya era de por sí inmoral, pero ¿mi propio hermanastro? Lo peor de todo era que me estaba humedeciendo bajo las sabanas una vez más, las punzadas creciendo con furia entre mis piernas, hambrientas. Deslicé mi mano hacia abajo, mientras recordaba a Rob follando a la muchacha del establo.

Alguien golpeó mi puerta, interrumpiendo mi autosatisfacción. Me cubrí con las mantas de nuevo y encendí una vela.

—Beth...soy yo —Rob susurró del otro lado—. Ábreme.

Mi corazón saltó dentro de mi pecho, creí que iba a explotar. Mi cabeza me advertía que esto sería un error, pero todo mi ser clamaba por abrir esa puerta y contemplar los ojos verdes de mi hermano. Me incorporé de la cama, cubrí mis pechos ajustando mi vestido con ambas manos y abrí la puerta. Rob estaba de pie con su sonrisa lobuna.

—¿Qué quieres? —le pregunté

—Traigo una ofrenda de paz —Rob me mostró la botella de vino que traía escondida bajo su capa. Seguramente la había robado de la cocina. No pude evitar sonreír.

—Sabes que una dama no bebe —Le dije, mientras las cosquillas subían de mi estómago hacia mi garganta.

—Tampoco blanden espadas. ¡Oh, vamos! ¿No vas a compartir un trago con tu hermano? —Rob fingió estar ofendido y se metió en mi recámara sin permiso—. Además, tú no eres una dama. Las damas son aburridas.

Sonreí de nuevo. Cerré la puerta detrás de él; su presencia en mi dormitorio hacía que las rodillas me tiemblen. Había algo peligroso y excitante en toda la situación.

—Qué bonita recámara tiene la princesita....cortinas de terciopelo....no como el chiquero que me concedieron a mí—. Rob dio un rápido vistazo a mi cuarto antes de sentarse al borde de mi cama.

—¿Desde cuándo te caigo bien?

—¿Desde cuándo me caes mal? —respondió Rob con su usual arrogancia.

—N-no tengo copas...—mi voz temblaba.

—No importa—. Rob destapo el vino usando sus dientes, lo cual me hizo reír por lo bajo. Me senté a su lado, al borde mi cama ¿Por qué no usé una silla? Tal vez porque la presencia de Rob me atraía, a pesar de asustarme. El olor a uvas fermentadas invadió la corta distancia entre nosotros y Rob me ofreció la botella —La realéza primero.

Tomé un breve sorbo y el sabor agridulce me invadió mientras Rob no apartaba su mirada salvaje de mí. El vino era fuerte, y me vi obligada a toser mientras mi garganta ardía.

—No bebes muy seguido... ¿verdad? —Rob reía mientras me quitaba la botella de las manos.

—Te lo he dicho —Afirmé mientras me aclaraba la garganta. El vino me había hecho entrar en calor rápidamente, o tal vez era la cercanía con mi hermano lo que hacía mi piel arder.

Rob tomó un sorbo largo, y observé su cuello pálido, las venas azules que sobresalían de él. Sentí el impulso de recorrerlas con mis dedos y labios, pero no lo hice. En su lugar, tomé otro trago de la botella. La segunda vez no ardió tanto. Mientras el vino corría por mi garganta, Rob se acercó todavía más a mí. Posó sus labios en mi oreja y susurró:

—Sé que nos has visto, Beth.

El pánico me invadió y casi me atraganto con el vino. Sentí la vergüenza subir hacia mis mejillas y un ligero vértigo. Rob tenía sus ojos verdes fijos en mí con una media sonrisa amenazante en sus labios.

—N-no se lo diré a nadie, Rob—. Mi voz y mis rodillas temblaban. —Lo que tú hagas es asunto tuyo.

—Oh, ya sé que no se le dirás a nadie —Rob me quitó la botella de las manos lentamente y la posó en el piso. Estaba demasiado tranquilo con respecto a todo el asunto; mi madre aprovecharía cualquier oportunidad que se presentara para quitarse al bastardo de encima. Literalmente, la vida de Rob estaba en mis manos, si yo abría la boca...

—¿Te has mojado viéndonos, princesita? —Rob interrumpió mis pensamientos.

Sentí el calor subir a mi rostro como agua hirviendo; me quedé mirando fijo a Rob con mi mandíbula caída y mis ojos abiertos de par en par. Mi expresión debió ser muy ridícula, pues mi hermano estaba de lo más divertido mientras mi voz temblaba, tratando de emitir una respuesta.

—¿Acaso no tienes vergüenza! —musité, mitad ofendida, mitad excitada.

—No hay razón por la cual tener vergüenza...—Rob respondió, de lo más natural. Luego miró hacia mi entrepierna y sonrió, deslizando su mano sobre mi muslo suavemente. Esa simple acción envió una descarga eléctrica en todo mi cuerpo. Rob sonrió de nuevo. —Si no quieres que te toque, solo dímelo— y su mano acarició mi muslo, aumentando las pulsaciones entre mis piernas.

La mano de Rob se sentía cálida, aun por sobre mi ropa, y cuando empezó a acercarse a mi entrepierna, yo no lo detuve, Mi aliento estaba agitado, y la palma de su mano se posó entre mis piernas. No lo detuve, aunque pensé que debería hacerlo. Pero se sentía tan bien tan excitante. Dejé escapar un suspiro y sentí sus dientes cuando sonrió contra mi oreja podía oler su piel, tan masculina. Comenzó a acariciar mi entrepierna por sobre mi falda, haciendo movimientos circulares que me obligaron a soltar un vergonzoso gemido de placer.

—D-detente....—balbuceé, sin sonar para nada convincente. De hecho, sonaba como si estuviese rogando por más. Rob sabía lo que estaba haciendo; sus dedos me hacían temblar de placer. Dejé caer mi cabeza hacia atrás y un gemido de placer escapó de mi garganta. Rob río por lo bajo y comenzó a frotarme más fuerte, dibujando círculos alrededor de mi clítoris. Aunque mi

mente me seguía diciendo que esto estaba mal, cerré mis ojos y dejé que el placer me invadiera.

—Dime Beth... ¿te hubiese gustado estar en el lugar de aquella muchacha? —Rob me susurró en el oído con su voz profunda. Pero no pude responder; mi respiración se aceleraba mientras el placer crecía. Lo único que deseaba era despojarme de mi vestido y sentir las manos de mi Rob sobre mi piel desnuda.

—Respóndeme.... —Rob insistió, y me mordió el lóbulo de la oreja muy suavemente. Su mano me frotaba con más urgencia. —¿Quieres que te folle?

Esa pregunta casi me empuja al clímax final; era la primera vez que un hombre me hacía esa pregunta, o que me ponía en esa situación. Sentí una punzada de vergüenza, pero a la vez, el placer era demasiado inmenso, el calor se multiplicaba con cada una de sus caricias, pero yo deseaba más. Necesitaba más. Rob había despertado un hambre voraz que necesitaba ser saciado.

—¡S-sí! —suspiré dolorosamente, olvidándome de toda moral y entregándome a mis deseos más vergonzosos. Rob rio y detuvo sus movimientos. Casi lloro de frustración cuando se detuvo.

—Y dime... ¿te has tocado mientras nos espiabas? —Rob me preguntó con voz suave mientras levantaba los pliegues de mi falda, revelando la piel desnuda de mis piernas. Cuando sentí las yemas de sus dedos acariciándome directamente sobre la piel y mis muslos, me estremecí—. Respóndeme o no te toco.

—Si...—le respondí, desesperada por fricción. Rob escupió en su palma y comenzó a masturbarme. Me mordí el labio fuerte para no gritar.

—Muy bien... no debemos ocultarnos nada...—. La mano de Rob rodeaba mi clítoris. Se sentía cálida y húmeda, otorgándome un placer mil veces más intenso que cuando lo había hecho yo sola. —¿Es así como lo hiciste? ¿Así acariciaste tu hermoso coño mientras pensabas en mí?

Apenas podía hablar, solo asentí con la cabeza. Mi orgasmo llegaría más rápido de lo deseado. Rob se adelantó y me mordió el cuello, haciéndome gemir.

—Hubiese matado por ver eso...—susurró contra mi piel, provocándome escalofríos.

Yo gemí de nuevo. Todo mi cuerpo se estaba tensando, empujándome hacia el precipicio mientras Rob me frotaba más rápido. Me corrí de manera violenta, todo mi cuerpo vibrando con un placer intenso y desconocido hasta el momento.

Antes de que pudiese abrir los ojos y recuperarme de mi orgasmo, tenía los labios de Rob contra los míos. Era más una mordida hambrienta que un beso; Rob presionaba sus dientes contra mi labio inferior mientras yo me sujetaba de su cabello rojo y lo atraía hacia mí. Lo besé y lo mordí de vuelta, y separé mis labios para que su lengua danzara con la mía. Su boca sabía a vino, pero también a algo más. Algo a lo que yo podría convertirme en adicta con facilidad.

Una embriagadora mezcla de sensaciones me invadía; placer, euforia, felicidad, culpa, vergüenza, miedo. Pero, sobre todo, placer cuando yo saboreaba los salvajes labios de Rob. Me aferré al cuello de mi hermanastro mientras lo besaba, intenté atraerlo hacia mí, pero Rob se incorporó y se alejó.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con el aliento entrecortado. Me sentía un poco mareada, lo único que sabía era que necesitaba a Rob conmigo.

—Me voy...—Rob respondió mientras se dirigía hacia la puerta. Antes de retirarse, me dirigí otra de sus sonrisas malignas—. Que tengas buenas noches, princesita —Rob sonrió antes de abandonarme.

## Capítulo cuatro

La culpa y la vergüenza me azotaron los días siguientes. ¿Cómo había sido capaz de perder el control de aquella manera? Había cometido un pecado terrible con mi propio hermanastro. Intenté mitigar la culpa avocándome a mi rutina diaria; al despertar peinaba mi largo cabello rojo y me ataviaba con los colores de mi clan, desayunaba con mis padres y luego me tomaba una hora para cabalgar por los campos y leer un poco. Incluso asistía a las estúpidas clases de bordado como una muchacha ejemplar. Evitaba las clases de esgrima pues sabía que allí me cruzaría con Rob, y si bien llamaba la atención que yo no asistiera al campo de entrenamiento, mis padres estaban aliviados de que yo abandonara esos *intereses masculinos*.

Pero no podía dejar de pensar en Rob, en sus labios, en el sabor de su lengua, en el aroma de su piel. Jamás había olido yo algo similar, algo tan varonil y adictivo, y las sensaciones de euforia se negaban a abandonarme. Una madrugada, intentando consolarme a mí misma, pensé que aquello no era tan grave. Rob no era mi hermano de todo, mi madre no lo había llevado en su vientre, ni habíamos crecido juntos. Además, él ya llegó a mi vida siendo un hombre, era imposible que yo fuera inmune a su atractivo cuando mi mente lo veía más como un desconocido que como un hermano.

Suspiré; lo peor de todo era que yo lo deseaba. Deseaba repetir esos besos, esas caricias que habían despertado mi primer orgasmo con un hombre. Y no deseaba repetir las con cualquiera; debía ser él. Debía ser Rob.

Otra madrugada yo deslizaba mis dedos por debajo de mi túnica de dormir, y sentía cómo mi piel ardía. No podía creer que mi cuerpo pudiera estar tan caliente, y me deleitaba con las pulsaciones que despertaban entre mis piernas. Era la primera vez que yo experimentaba esas sensaciones tan placenteras e intensas, y a pesar de la culpa de saber que Rob las despertaba, yo me encontraba maravillada por aquellas sensaciones. Sentía las yemas de mis dedos alrededor de mis pezones, que se endurecían, y yo apretaba mis labios y recordaba los ojos verdes de Rob. Tan salvajes. Mi clítoris palpitaba cada vez más duro, y yo lo masajeara en círculos, tal como él lo había hecho. Me mordía los labios para no gemir, aunque me excitaba oír mis propios murmullos de placer bajo las sabanas. Tocaba mi clítoris y Rob sonreía en mi mente, besándome y acariciándome.

Mis dedos aceleraban su ritmo y mi respiración se agitaba, hasta que yo me corría entre temblores deliciosos. Mis orgasmos solitarios me dejaban en una languidez extraña, jadeando bajo los cobertores de mi cama con el cuerpo cubierto de sudor. Sin embargo, solo podía suponer que un orgasmo provocado por Rob sería cien mil veces mejor.

Cómo envidiaba a esa criada en las caballerizas. Aunque, mientras más pensaba en ello, lo que más envidia me provocaba era pensar en Rob besando a esa muchacha.

Estaba pensando en ello cuando sentí el pinchazo de la aguja en la yema de mi dedo. Aun así, no reaccioné hasta que mi madre, sentada a mi lado, chilló.

—¡Beth! ¡Estás sangrando!

Recién en ese momento reparé en la gota de sangre que brotaba de mi dedo índice, donde yo



misma me había pinchado con la aguja. Mi madre me cogió de la muleca y envolvió mi dedo con un trozo de tela.

—Debes ser más cuidadosa —me regañó.

—No es grave, es apenas un pinchazo —la reconforté. El resto de las muchachas en la clase de bordado me observaban, curiosas.

—Ese no es el asunto —frunció sus labios delgados, como siempre que estaba molesta conmigo—. Estás muy distraída últimamente. Ya no eres una niña. Pronto serás la esposa de un hombre, debes dejar de comportarte de manera tan irresponsable.

Matrimonio. Justo lo que necesitaba oír en ese momento para sentirme peor; recordar que mi destino era casarme con algún noble insípido que yo no amaba.

—Estoy bien— suspiré y me puse de pie—. Si me disculpas, madre, voy a dar un paseo y leer un poco—. Mi madre frunció todavía más el entrecejo—. Me ayudará a concentrarme. Me retiro.

Sabía que, con Rob aun resonando en mi memoria y en mis labios, me resultaría imposible concentrarme en la lectura, pero necesitaba alejarme. Necesitaba respirar, y no podría hacerlo rodeada de damas que me achacaban mi falta de femineidad. Le ordené al mozo de establo que preparara mi yegua favorita y cabalgué a paso veloz, sin mirar atrás. Las ansias de ser libre palpitaban en mi pecho con una rabia que me llenaron los ojos de lágrimas. Y junto a esa rabia, ese impulso de vivir y ser libre, también palpitaba mi deseo por Rob.

Llegué a mi sitio favorito, en los alrededores de la fortaleza de mi familia. Dejé a mi yegua descansar y me senté bajo la sombra de un frondoso roble con la compañía de mi libro.

Pero, tal cual yo había predicho, me era imposible concentrarme en la lectura.

—Siempre leyendo, princesita—. La voz grave de Rob me sobresaltó, multiplicando los cosquilleos en mis piernas—. Ya te lo he dicho, la vida está fuera de los libros.

—¿Qué haces aquí? —cerré mi libro con un sonido seco y enderecé mi espalda, sin levantarme del suelo.

—¿Qué haces tú aquí? —respondió, sentándose a la sombra del roble junto a mí—. Una damita debería estar en clases de costura, no sola en el bosque donde cualquiera podría atacarla.

—Sé defenderme— repliqué.

—Lo sé —sonrió—. Te he visto con la espada. También te he visto leyendo aquí, sola, en incontables ocasiones.

—¿Has estado espíandome? —quise sonar enojada, peor una enorme sonrisa abrió mi boca e hizo que mi voz sonara aguda e infantil. Me aceleraba el corazón pensar en Rob espíandome.

Él tan solo se encogió de hombros y bajó la mirada un momento. Casi lucía como un niño, no como el bastardo feroz que era. No dijimos nada durante unos instantes, solo el viento suave del mediodía silbaba plácidamente entre nosotros, y mecía sus rizos rojos. Bajo la brillante luz del sol, lucía como cobre pulido. Los rayos también acariciaban sus brazos fuertes, parcialmente descubiertos, y mis ojos vagaron por el perfil de su rostro, por su nariz algo grande, por su nuez de Adán irresistible, por su mentón y su pecho.

Me estremecía pensar en que Rob había invadido mi lugar privado, ese punto del bosque donde yo me sentaba a leer, el único lugar en el mundo donde yo estaba tranquila y podía ser yo misma. Pero a la vez, no me molestaba que él estuviera allí.

—Debemos hablar de lo que ha ocurrido —finalmente murmuré.

—¿Dé que hay que hablar? —respondió con su típica altanería. Flexionó un poco sus rodillas y las rodeó con sus brazos. Mis ojos se deleitaron con el vello rojizo que cubría sus piernas, en parte desnudas por el kilt, y por cómo se hincharon los músculos de su bíceps.

—Ya sabes...—. Me sentí obligada a bajar la vista un momento, luego mis ojos se encontraron con los suyos. Parecían dos piezas de jade bajo la luz del sol, y me estremecí de nuevo.

—¿Ha sido tu primer orgasmo con un hombre? —acercó su rostro al mío para hablarme, y sentí el calor de sus aliento en mi rostro. El aroma masculino de su piel me envolvió.

—Eso no importa— respondí.

—Sí, lo ha sido —sonrió él, confiado—. ¿También tu primer beso?

—El asunto es que no podemos repetirlo —continuó—, somos hermanos.

—No somos realmente hermanos. Tu madre no es mi madre, y, de hecho, ella me odia —me dedicó otra sonrisa—. Yo nunca te he visto como una hermana, Beth.

Sentí que su mirada me penetró con brutalidad; las punzadas entre mis piernas aumentaron con una furia molesta, y mi pulso se aceleró. Para colmo de males, Rob acercó su rostro todavía más, hasta que nuestros labios casi se rozaban.

—¿Tú me ves como a un hermano, Beth? —susurró contra mi boca—. Si es así, no te molestaré más. Pero...yo creo que quieres besarme de nuevo.

Tenía razón, toda mi piel ardía ante su cercanía. Mi corazón latía tan fuerte que parecía que iba a saltar de mi pecho, y mi clítoris no cesaba de palpar.

—No le hacemos mal a nadie —insistió él—, y nadie tiene por qué saberlo.

Mis labios chocaron con los suyos; simplemente no pude evitarlo. Una corriente eléctrica golpeó mi espina dorsal mientras mi boca saboreaba la suya. Su lengua acarició la mía y yo creí que iba a correrme de nuevo. Cuando me estrechó entre sus brazos fuertes y yo sentía que podía morir de felicidad allí mismo; se sentí tan bien, como me estrechaba con fuerza, como gruñía contra mi boca, como me devoraba con sus labios. Rob me dominaba con sus labios y dientes, y yo lo saboreaba entre gemidos. Nos besamos hasta que sentí un leve sabor a sangre en mis labios.

—Tienes unos labios muy bonitos...—Rob susurró con el aliento entrecortado. Deslizó su pulgar en mi labio inferior—. La primera vez que te vi, mis ojos fueron a tu boca.

Sentí el ardor subir por mi rostro, aunque todo mi cuerpo estaba ardiendo. Solo podía pensar en besarlo de nuevo. Nuestros labios se encontraron una vez más, hambrientos y desesperados. La mano de Rob acarició mi mejilla y se deslizó suavemente por mi cuello y mi hombro, causándome un escalofrío. Mis manos ansiaban explorarlo, y me aferré a sus bíceps, hundiendo mis dedos en su carne y deleitándome con su firmeza. Rob sonrió contra mis labios y separó su boca unos milímetros. Estaba jadeante y sonrojado.

—Quieres tocarme ¿no es cierto? —susurró contra mis labios con voz ronca.

Yo quise responder Esto está mal, pero en su lugar, deposité mi mano en su pecho. Su corazón latía desbocado contra mi palma y su piel irradiaba tanto ardor como la mía. Sentí la textura de la lana del kilt contra mis yemas, y solo pude pensar en que deseaba sentir el calor de su piel directo contra mi mano. Rob volvió a besarme con un hambre voraz, y mientras me besaba cogió mi muñeca y la guio hacia la parte inferior de su cuerpo.

—Tócame como yo lo he hecho contigo —jadeó contra mis labios con un susurro ronco, desesperado. Casi parecía un animal.

Dejé que guiara mi mano hacia abajo, hacia los pliegues de su kilt donde se abultaba una enorme erección. Dejé escapar una exhalación cuando mis dedos la rodearon. Aun con el kilt de barrera, emanaba un calor increíble. Lo exploré con mis dedos mientras el mordisqueaba mi cuello y la punzadas en mi clítoris me enloquecían. Era la primera vez que yo tocaba a un hombre de esa manera, y la euforia era increíble. Lo toqué con torpeza, y Rob deslizó una de sus manos hacia mi pecho. Gemí cuando pellizcó mi pezón duro con sus dedos, y él soltó una risita grave.

—Quieres más ¿no es cierto? —dijo, y alzó los pliegues de su kilt con manos nerviosas.

Pronto, su miembro estaba la vista, duro y firme, y yo lancé otro suspiro. Rob besaba mi cuello y acariciaba mis pechos por encima de mi vestido, y yo me encontraba maravillada por su erección. Exploré su firmeza con dedos curiosos, admirando lo enrojecido que estaba, y las pequeñas venas que sobresalían por su longitud. Olvidé los latidos desesperados en mi clítoris, y me dediqué a acariciarlo mientras él emitía suspiros de placer con su voz ronca. Luego de unos instantes, él envolvió mi mano con la suya y me enseñó cómo hacerlo; rodeando su miembro con mi mano y frotando hacia arriba y abajo a ritmo cadencioso.

Mientras más observaba sus reacciones y oía sus gruñidos masculinos de placer, más crecía mi excitación. Pero no me importaba aliviar las punzadas entre mis piernas, me entusiasmaba más contemplar cómo Rob gozaba, y saber que yo era la responsable de su placer me hacía extrañamente orgullosa. Cada detalle de Rob me fascinaba; cómo su cabello parecía fuego bajo la luz del mediodía, el aroma de su sudor, el ardor de su piel, enrojecida por la excitación. Como se sentía su miembro en mi mano, duro y caliente, y los sonidos de placer que yo arrancaba de su garganta. Cada detalle era nuevo y fascinante, pero yo deseaba más.

No sé qué se apoderó de mí, pero me descubrí a mí misma inclinándome sobre el regazo de Rob. Me mordí el labio y admiré su miembro enrojecido de cerca; quería saborearlo. Un impulso primitivo por tenerlo en mi boca se apoderó de mí. Me acerqué, un poco titubeante, mi primer instinto fue besarlo. Deposité un suave beso en la punta de su pene, y sentí como Rob se estremeció. Alcé la vista un segundo y ver su cara de satisfacción me entusiasmó. Mientras masajeaba su tronco, besé toda su longitud, hacia arriba y hacia abajo, deleitándome con su calor.

—Beth...—Rob protestó —Póntelo en la boca.

Obedecí, aunque no estaba muy segura de lo que estaba haciendo. Lamí la punta un par de veces más. Cuando lo envolví con mis labios, Rob gruñó de placer. Ese sonido me alentó a tomarlo más profundo. Adelanté mi cabeza, dejando que su polla se adentre más en mi boca. Rob acariciaba mi cabello con suavidad, presionaba mi nuca hacia adelante y ayudándome a tomarlo más profundo.

—Más profundo...—Rob ordenó, enredando sus dedos en mi cabello.

Pero era difícil; su polla era grande y me provocaba náuseas. Aun así, yo necesitaba más. Era la primera vez que hacía eso con un hombre, y no podía creer lo excitante que era. Luché con mis náuseas hasta que pude tener su polla casi completa en mi boca.

Rob comenzó a mover sus caderas hacia adelante, despacio al principio. Su polla embestía dentro de mi garganta, mientras yo me sujetaba de sus muslos.

—Te ves muy bien así, princesita...con mi polla en tu boca— Rob me acarició el cabello cariñosamente, y luego acelerar el ritmo de sus caderas.

Me aparté un segundo para tomar una bocanada de aire; escupí el exceso de saliva sobre su polla y me la volví a meter en la boca. Rob volvió a colocar sus manos en mi cabeza y empujó todavía más profundo y rápido. Pude sentir que su clímax estaba cerca, por como sus movimientos se aceleraban y sus gruñidos se hacían más altos.

Dejó escapar un gemido bestial, casi vulnerable, y echó su cabeza hacia atrás. Su semilla brotó con violencia mientras su polla vibraba dentro de mi boca. Sentí su corrida llenar mi boca y bajar por mi garganta como fuego. Mientras mi hermanastro me miraba, jadeante y salvaje, tragué hasta la última gota. Cuando retiró su polla de mi boca, yo noté que mi entrepierna estaba empapada.

Rob rio, mientras deslizaba sus dedos por mis labios y mentón, limpiándome de manera cariñosa. Luego se inclinó para besarme los labios, cosa que yo no esperaba.

La culpa me atacó, pero la felicidad y el placer de Rob besándome apasionadamente pronto la borraron. Me perdí en sus labios y en sus manos acariciaron mi cabello y mi cara, hasta que las punzadas entre mis piernas se tornaron insoportables.

—Rob...—murmuré necesitada.

—Quieres correrte ¿verdad? —susurró él, y cuando deslizó sus dedos entre mis piernas gemí contra su boca—¡Qué mojada estás!

Era cierto; estaba desesperada por alivio, por correrme, pro aliviar la tensión que se había acumulado.

—¿Te gustaría que te coma el coño, como tú lo has hecho con mi polla? —susurró Rob en mi oído, y su voz ronca casi me hace acabar. Era una verdadera tortura.

—Sí...—respondí con un hilo de voz.

Sus ojos verdes se fijaron en los míos durante un cruel instante, y después el desgraciado se puso de pie.

—¿Qué mierda haces? —le espeté al ver como él emprolijaba su kilt.

—Regreso al castillo—respondió en fingida forma inocente—. Somos hermanos ¿recuerdas? No podemos hacer esto. Si alguien se enterara...

—¡Desgraciado! —furiosa, le arrojé una piedra. Él la esquivó, muy divertido.

—Que feo que una princesita sea tan malhablada —sacudió la cabeza y me guiñó el ojo antes de desaparecer en el horizonte—. Nos vemos.

# Capítulo Cinco

Odié a Rob con todas mis fuerzas durante las semanas siguientes.

¡Maldito bastardo! ¿Acaso intentaba chantajearme? Y lo peor de todo era que no yo podía quitarme el sabor de su piel de mis labios. Decenas de noches me quedé en vela esperando que él irrumpiese en mi habitación una vez más, pero nunca lo hizo. Y también me odiaba a misma por no tener la fortaleza para ir yo a su recámara. Pero el orgullo me pesaba más que el deseo. Yo era una noble, y no iba a arrastrarme por ningún hombre.

Cualquiera pensaría que ser hija del jefe del clan me otorgaba libertad absoluta, pero la verdad era que yo no era dueña de mi propio deseo. Y para colmo de males, el único hombre que yo deseaba estaba fuera de mi alcance por miles de razones. No solo porque violaba toda ley de decencia y moral, sino porque Rob me ignoraba abiertamente. Al bastardo le gustaba tenerme así, deseosa. A veces me observaba a la distancia, y me ofrecía una sonrisa que me hacía arder la piel.

Pero yo no iba a ceder.

Había cometido un error (¡dos errores!), pero no iba a torturarme por ello. A Rob tampoco le convenía revelar la verdad de nuestros encuentros secretos. Tranquilamente, yo podía argumentar que él había intentado violarme, y la palabra de la hija legítima del hijo del clan pesaría más que la de un bastardo.

De todas formas, no habíamos repetido nuestros placenteros errores. Nuestras interacciones se limitaban a las prácticas de esgrima en el patio principal del castillo. Siempre rodeados de otros jóvenes soldados entrenando y sirvientes trabajando. Y los ojos de mi padre y madre observándonos desde el torreón principal.

Pero cuando me encontraba sola en la oscuridad de mi recámara, consciente de que Rob jamás vendría, lo extrañaba. El orgullo se desvanecía y yo deseaba que mi hermanastro estuviese conmigo. Ni siquiera me importaban los lazos de sangre que nos ataban. Deseaba besarlo y morderlo, saborear sus labios y su polla una vez más. Deseaba a un hombre por primera vez en mi vida, con todo lo que aquello implicaba.

Y no a cualquier hombre.

Esa mañana, el viejo Motley estaba entrenándonos. Había luchado con mi padre en la guerra cuando eran jóvenes y hasta el día de hoy era su más fiel subordinado. El gordiflón Motley, con su barba y bigote blancos, era el espadachín más letal que McCulloch había conocido. Tal vez por ese amor y lealtad hacia mi padre Motley me permitía entrenar con la espada junto a los demás muchachos, aunque yo debía tolerar sus chistes machistas con cada lección. A la vez, el viejo Motley tenía poquísima paciencia para los chistes de Rob.

—Esto es aburrido...—mi hermanastro bufó, arrojando su espada de madera al piso. Tanto yo como otros aprendices giramos interrumpimos nuestra practica para ver que le ocurría. Era una mañana calurosa y se había quitado la camisa, apenas usaba el kilt con los colores de nuestro clan. Sus rizos rojos acariciaban sus hombros y su torso tenía una finísima capa de sudor.

—Lamento mucho si mis técnicas lo aburren, bastardo...—el viejo Motley hizo una reverencia burlesca ante Rob—. Pero yo he entrenado a cada soldado de este reino antes que la puta de tu

madre te expulsara a este mundo, y vas a hacer lo que yo te ordene.

Rob bufó y bajó la vista, por un momento me sentí apenada por él. No odia imaginarme cómo se sentiría ser un hijo bastardo, y tener a todo el mundo recordándotelo todo el tiempo. Por haber nacido mujer, yo debía aguantar muchas cosas que no me gustaban, como que menosprecien mi talento con la espada o escuchar comentarios condescendientes todos los días. Pero creo que jamás hubiera podido tolerar el rechazo que Rob enfrentaba prácticamente desde su nacimiento. Desprecio por algo que él no podía controlar. Nuestros ojos se encontraron a la distancia.

Él me sostenía la mirada, y yo me negaba a bajarla. ¿Acaso pretendía intimidarme? Permanecí estoica, espada en mano y el cabello mecido mi cabello rojo. Él sonrió.

—¿Qué te ocurre, princesita? —me desafió, jadeante—¿Acaso te gusto?

Sentí el ardor subir por mis mejillas, todo el mundo nos observaba.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —repliqué, apuntándolo con mi espada de madera.

—Te ofendes muy fácil., princesita —se mofó él—. Un espadachín no puede ser tan sensible. Tal vez deberías regresar a tus libros, a tus clases de costura.

Estellé. En el fondo, yo sabía que Rob disfrutaba provocarme. Pero no pude evitar hacer en la trampa. Me gustaba caer en sus trampas.

—¡Tú y yo! —grité, señalándolo con mi espada de madera y caminando hacia él—. Un duelo... ¿Qué te parece?

El viejo Motley frunció el ceño, todos los aprendices habían dejado de practicar para mirarnos y murmurar.

—No creo que eso sea una buena idea...—el viejo maestro titubeó, intentando protegerme.

—Así definiremos de una vez por todas quien es mejor con la espada— me burlé de Rob, ignorando al viejo Motley —¿O acaso me tienes miedo?

Rob me dedicó una sonrisa amplia, lobuna, deliciosa.

—Entonces quítate la protección...—Rob me desafió—. Yo tengo el pecho desnudo, tu enfrentame de la misma manera, princesa.

Los murmullos se elevaban entre nuestra audiencia improvisada, pero yo sentía que Rob y yo éramos las dos únicas personas en el mundo en ese momento. Sentía recorrerme el mismo cosquilleo que había sentido aquella noche en mi habitación. El viejo Motley intervino una vez más.

—¿¿Cómo osas hablarle así a una...?!

—Está bien, no te preocupes.... —Le respondí mientras me quitaba el peto de madera que protegía mi pecho. Pero me dejé la camisa puesta—. No te hagas ilusiones, no verás más piel que esto.

—Por ahora —Rob sonrió satisfecho cuando ambos estuvimos en las mismas condiciones; sin protección y con la espada de madera en mano.

Rob atacó primero, como la bestia salvaje que era. Esquivé su golpe por una fracción de segundo, y me di cuenta que mi hermanastro realmente había mejorado su técnica. Mucho más de lo que yo esperaba. De pronto, esto ya no me parecía una idea divertida. Le arrojé un par de escaramuzas elegantes, las cuales evadió con facilidad. Cuando contraatacó, su espada pasó a milésimas de mi rostro y realmente sentí miedo.

Rob combinaba la fuerza y el arrojo innato de los bastardos, con la técnica impecable del viejo Motley. Me di cuenta que Rob era una verdadera arma mortal. Sus ataques eran brutales y sin pausa, y yo me encontraba reculando cada vez más y más en el patio del castillo. De pronto, miré hacia arriba. Mi madre estaba en el torreón observando toda la escena con un semblante

preocupado.

Y en ese momento, yo también me preocupé. Tal vez lo único que Rob deseaba era humillarme delante de mi madre. El hijo bastardo vence a la hija legítima. Yo no era más que una herramienta en su plan, al igual que lo había sido esa noche en mi recámara.

Me sentí una idiota ¡Rob me estaba usando! Y yo...yo...

La madera golpeó mi nariz, encegueciéndome de dolor por un instante. Caí al piso y el sabor de mi propia sangre llenó mi boca. Solo podía oír al viejo Motley gritando *¡es suficiente, es suficiente!* y otros improperios hacia mi hermanastro. Rob fue el primero en arrojarse al suelo y preguntarme si me encontraba bien. Me ofreció su mano, pero yo puse de pie enseguida sin su ayuda. Para ser honesta, el orgullo me dolía más que la nariz. Había sido un golpe de rutina, si yo no fuese la hija de un Lord nadie se habría inmutado. Lo único que me molestaba haber caído como una idiota en la trampa de Rob.

De a poco, los demás estudiantes retomaban sus ejercicios ante los gritos del viejo Motley.

—Beth...¿estás bien? No fue mi intención...—me susurró. Su expresión preocupada lucía sincera. Pero yo no iba a caer de nuevo.

—Cierra la boca, Rob.... —Le ordené malhumorada mientras me limpiaba la sangre de la nariz con los dedos.

—No quise lastimarte...realmente creí que ibas a esquivar un golpe tan simple—me susurró.

Y yo estallé.

La humillación pública, sumada a la frustración que venía acumulando las últimas semanas, me otorgaron una fuerza sobrehumana. Arrojé a Rob al piso con facilidad, y le golpeé la cara con una violencia desconocida. Su nariz estaba tan ensangrentada como la mía, hasta que el viejo Motley nos separó.

—Lady Beth. Una dama no debe actuar así— me regañó el viejo, alejándome de Rob.

Aun golpeado, Rob no dejaba de sonreír, satisfecho.

—¿En qué mierda estabas pensando?!— confronté a Rob más tarde en la armería. La práctica había terminado hacia unas horas y estábamos guardando nuestras armas. No había nadie más en la vieja armería, solo las miles de espadas, cascos y escudos almacenados en las paredes de piedra.

—Tú tuviste la idea espantosa de batirnos a duelo —Rob guardaba su peto en uno de los estantes de madera, sin siquiera dirigirme la mirada—. Yo jamás te lastimaría.

—Deja de mentirme, bastardo...—pronuncié esa última palabra con una crueldad intencionada. Rob giró y vi su rostro hinchado por el golpe que yo le había dado más temprano. Pero la fuente de su dolor no era mi puñetazo, sino mis palabras.

Me arrepentí al momento de pronunciarlas.

—¿Cómo me has llamado? —Rob se acercó a mí, como un depredador a punto de atacar. Pero me mantuve firme; había descubierto su debilidad. Llamarlo bastardo era lo peor que podías hacerle, su talón de Aquiles. Así que sonreí y repetí:

—Te he llamado lo que eres....un bastardo.

Me sentía extrañamente excitada y satisfecha, sabiendo que yo tenía ese poder de exaltar a Rob con solo una palabra.

¿Por qué yo no podía vengarme? Él me había ilusionado con sus besos y sus caricias, solo para usarme.

—Retira lo que has dicho.... —Rob me amenazó, su voz temblaba con furia y vergüenza. Él me había golpeado, pero yo lo tenía arrinconado.

—No, bastardo —insistí, con una sonrisa burlona.

Antes de que yo pudiese reír, Rob se arrojó sobre mí, derribándome. De pronto lo tenía encima de mí, los dos forcejeando en el piso de la armería.

—¡Retira lo dicho! ¡Retíralo! —Rob rugía entre dientes apretados, incluso me pareció ver lágrimas brotando de sus ojos.

De la nada, estábamos besándonos. Rob me mordía los labios y yo sentía sus lágrimas sobre mi rostro. Eran besos llenos de rabia, yo jalaba el cabello de Rob con fuerza hacia mí, y dejaba que su lengua me invadiera. Sentía el peso del cuerpo de mi hermanastro sobre el mío, y sus labios, dientes y lengua dominándome.

—Necesitas una lección urgente, princesita...—Rob jadeó contra mi boca. Se incorporó con un movimiento y me ayudó a hacer lo mismo, solo para arrojarme sobre la mesa de la armería. Mis pies aún estaban apoyados en el piso, Rob los pateó para separarme las piernas y presionó mi rostro sobre la mesa.

Sentí que mi clítoris palpitaba con furia. Aquello era peligrosísimo, pero no me importaba. No me importaba que mi obligación era permanecer virgen hasta casarme con algún noble idiota, tampoco me importaba perder la virginidad con mi hermanastro, y lo in moral que aquello sonaba. Ni siquiera le tenía miedo al dolor. Solo podía pensar en lo mucho que deseaba a Rob, en lo mucho que ansiaba que me penetrara sobre la mesa de la armería.

—Me lo has hecho a propósito ¿verdad? —Rob me alzó la falda y me dio un golpecito en el trasero—. Te gusta que me enoje así te follo bien duro.

—¿Realmente harías eso...bastardo? —gemí. Me gustaba que aun en mi posición, yo tenía control sobre Rob.

Sin aviso precio, Rob deslizó su dedo índice dentro de mí. Gemí, más de sorpresa que de dolor, con mi rostro presionado sobre la mesa de madera. Mi coño estaba tan mojado que su dedo me penetró con facilidad. Mi clítoris empezó a pulsar con placer mientras mi hermanastro hurgaba dentro de mí.

—¿Te gusta esto, princesita —susurro con voz ronca en mi oído, y yo me estremecí—, que te folle con los dedos? ¿O prefieres mi polla?

El placer me hizo gemir de nuevo, apretando los dientes y parpados. Nunca nadie me había tocado allí adentro, era una extraña presión que me hacía arder, me provocaba tanto placer.

—Pídemelas disculpas y tal vez te folle...—Rob me ordenó, hundiendo su dedo aún más profundo dentro de mí y torciéndolo de una manera deliciosa. Cuando yo menos lo esperaba, agregó un segundo dedo. No podía creer lo bien que se sentía.

—¡Perdón! —Supliqué entre lágrimas, mi coño pulsaba con necesidad bajo la mesa—. Perdón por llamarte bastardo.

—Una princesita muy obediente.... —Rob susurró satisfecho, y retiró sus dedos. Su ausencia me trajo tanto alivio como frustración. Mientras recuperaba mi aliento con la cara contra la mesa, ansiaba sentir a mi hermanastro dentro de mí otra vez.

No podía creer que esto iba a ocurrir ¿Realmente iba a perder la virginidad con Rob, mi hermanastro?

Sentí la mano de Rob cerca de mi rostro. Abrí los ojos y supe inmediatamente lo que tenía que hacer. Introdujo sus dedos en mi boca y yo los chupé con urgencia. Me esforcé por dejarlos bien empapados, listos para penetrarme de nuevo. Levanté la mirada y encontré el rostro sonriente y satisfecho de Rob. Quitó los dedos de mi boca y los deslizó por mi entrada de nuevo. Estaban húmedos y cálidos. Sollocé de placer mientras Rob me penetraba con ellos despacio.

No era tan bruto como antes. De hecho, lo hacía tan despacio que se sentía como una tortura.



Los rotaba y curvaba dentro de mí, haciéndome gemir sin vergüenza. Jamás imaginé escuchar esos sonidos saliendo de mi propia boca. Rob me silenció con un beso.

Dios, no podía creer lo bien que se sentía. Que me penetre con los dedos mientras su labios me besaban y nuestras lenguas se acariciaban despacio.

Pero sin advertencia, Rob retiró sus dedos de mí. Protesté, sintiéndome vacía sin ellos. Me preguntaba para mis adentros por qué Rob se había detenido, cuando de pronto recordé que había dejado la puerta de la armería sin trabar.

El pánico me invadió. Incorporé mi torso, y giré mi cuello. Mi padre estaba observándonos con sus ojos abiertos como platos y su rostro enrojecido.

## Capítulo seis

—Por el nombre de Dios ¿Qué está ocurriendo aquí? —mi padre rugió. Pude ver con el rabillo del ojo el rostro avergonzado de Rob. Estaba encogido de hombros y mirando hacia el suelo.

Solo podía rezar que Rob haya retirado sus dedos antes de que mi padre nos haya visto. Mis piernas y brazos temblaban de miedo. Por un momento solo hubo silencio.

—Tu madre ha venido a mi compungida, diciéndome que Rob te había golpeado en la clase de esgrima. Bajo a buscarlos y ¿qué me encuentro? —mi padre rugía, sin salir de su asombro— ¡Aprovechate de tu hermana de esa manera!

Pero hubo algo en sus palabras que me tranquilizó. Ya sea por suerte o porque su propia moral le impedía creer lo que estaba viendo, mi padre no entendía lo que estábamos haciendo. O no quería entender como mecanismo de defensa.

—Solo estábamos peleando —Rob murmuró —Quise vengarme, ella me llamó bastardo.

Mi padre asintió con la cabeza; parecía creerle a Rob.

—Estoy bien padre —murmuré, tratando de aplicar paños fríos a toda la situación. Pero el ambiente estaba demasiado tenso—. Yo golpeé a Rob, estábamos peleando.

—Tú debes aprender a ser una dama de una maldita vez —el tono de mi padre era cruel y frío—. Y tú...¿tanto problema porque ella te llamo bastardo? Eso es lo que eres...el hijo de una puta de taberna. Deberías estar agradecido que te dejamos vivir con nosotros, sentarte en nuestra mesa y usar nuestros colores, y en su lugar ¿tratas así a tu padre?

Sentí un escalofríos recorrerme. Todo lo que decía era verdad, pero tampoco era necesario ser tan cruel. Las veces que yo había llamado bastardo a Rob no habían sido en serio. Mi intención siempre había sido encenderlo, no insultarlo de verdad. Pero en ese momento me di cuenta de lo mucho que esa palabra lastimaba a Rob.

Me juré a mí misma no pronunciarla nunca más.

—Padre...no es para tanto. Estoy bien. Fue solo una pelea entre hermanos...—insistí con una sonrisa tonta.

—No me interrumpas Beth...—mi padre me silenció—. Tú también estas en problemas...ya eres una mujer, y el heredero de McCulloch. Deberías conducirte mejor, sabes que no puedes pelar con hombres de esa manera. Sabes a qué conduce eso. ¿Cómo podrías casarte si un hombre ya te ha poseído?

Los ojos y la voz de mi padre parecían acero en ese momento. Yo sentía la furia subiendo por mi pecho; ¿O sea que, si un hombre me violaba, la culpa era mía por arruinar mi futuro matrimonio? Aunque Rob no estaba haciendo nada que yo no deseara.

—Rob, date la vuelta.... —Ordenó mientras se quitaba el cinto de cuero de su cintura—. Si te comportas como niño, te castigaré como a un niño...apoya tus manos en la mesa.

Mi hermano obedeció como un niño asustado, su pecho estaba desnudo y sus piernas temblaban levemente. Se reclinó sobre la mesa de madera, como yo lo había hecho hacía unos momentos, y su espalda quedó expuesta hacia nosotros.

Yo sabía lo que le esperaba; había visto a mi padre azotar criados ocasionalmente durante mi

niñez. El cinturón danzó en el aire y golpeó la espalda de Rob con violencia. Este no gritó, solo se quedó inmóvil en su postura. Un segundo azote siguió, dejando la piel roja.

—Padre, por favor.... —Supliqué, sosteniendo su muñeca.

—No intervengas Beth, o tú serás la próxima.... —Me amenazó, y luego azotó a Rob por tercera vez. El rostro de mi hermano estaba enrojecido, y apretaba los dientes con furia. Trataba de mantenerse estoico, de soportar su castigo sin decir una palabra. Pero los azotes continuaron, cada uno más fuerte que el anterior, y para el final, el rostro de mi hermano era un caos de lágrimas.

Tenía un nudo en mi garganta; quería gritar, quería hacer algo que detuviese esa escena, pero no sabía qué. Pero mi padre no era un hombre cruel, y el castigo terminó pronto. Observé el rostro de Rob y descubrí que sus lágrimas no eran de dolor sino de frustración.

—Beth...—mi padre habló con el aliento entrecortado por el esfuerzo—. De ahora en más tienes prohibidas las clases de esgrima.

Y nos dejó solos en la armería. Rob se estaba enjugando las lágrimas con el revés de su mano. Di un paso hacia adelante; no tenía idea de que hacer. Solo quería confortarlo, tocarlo, sentir su calor contra mi cuerpo. Decirle que para mí era un igual, y que me importaba una mierda si era un bastardo o no. Pero las palabras formaron un nudo en mi garganta. Cuando estiré mi mano para tocar su rostro, Rob se apartó con violencia y abandonó la armería dando zancadas.

Hasta el día de hoy, me arrepiento de no haber salido tras de él. Todo mi ser me urgía a seguir a Rob, aunque también le tenía un poco de miedo. Supongo que yo era un muchacha cobarde, y las órdenes de mi padre de comportarme como una dama me pesaron más.

O tal vez era el miedo a los sentimientos que Rob había despertado en mí por primera vez.

Una vez en el castillo los sirvientes me ayudaron a darme un baño y cambiarme la ropa. Cepillaron mi cabello y me ofrecieron queso y jugo antes de dirigirme al gran salón para la cena. Mi padre no se uniría a nosotros pues sus vasallos lo habían convocado a otra reunión. Me preguntaba cuál sería el motivo tan urgente para que lo convocaran esas horas de la noche.

Y Rob...nada sabía dónde estaba Rob. Quizá de juerga en alguna taberna.

Yo estaba sentada a la mesa junto a mi madre, que llevaba su cabello cobrizo recogido y un vestido azul marino.

—¡Mi niña! ¿Qué te ha hecho ese bastardo salvaje? —me preguntó mientras sostenía mi rostro con ambas manos y examinaba mi rostro magullado por el entrenamiento.

—No es nada, madre, no te preocupes —le besé la palma de la mano para tranquilizarla —Y no lo llames así; es mi hermano.

Mi madre hizo un gesto de disgusto hacia mi comentario.

—Como sea...tu padre me dijo que se encargó de castigarlo. Personalmente, creo que merece un castigo más severo...

—Déjalo así madre. Ya no soy una niña, todos me lo recuerdan, los golpes forjan el carácter... —le sonreí de nuevo, pero su ceño seguía fruncido.

—Aun así...aprovechase de su hermana— chasquéó los labios antes de susurrarme— ¿Tu virtud sigue intacta?

—Sí, tranquila. Todavía pueden venderme al mejor postor como un trofeo sin estrenar —protesté.

—Suenas igual que el bastardo.

—Y no se ha aprovechado de mí. Él me venció en el entrenamiento, yo me enojé y lo llamé bastardo...terminamos peleando. Eso ha sido todo.

Intenté probar la comida, pero estaba demasiado alterada por este asunto.

—Solo nos preocupamos por ti, Beth.

Chisté por lo bajo. ¿Realmente se preocupaban por mí? Creían que Rob había intentado propasarse conmigo, pero él todavía era el heredero del clan. La necesidad de un heredero varón siempre era más importante, aun si ese heredero me lastimaba.

Pero no quise protestar, porque no deseaba que castigaran todavía más a Rob. Después de todo, no había hecho nada que yo no deseara. Y mi padre parecía haberse tragado la mentira de que estábamos peleando cuando nos encontró. Gracias a todos los cielos Rob llegó a acomodarme la falda antes de que él entrara a la armería.

Luego de cenar, regresé a mi recámara, No dejaba de pensar en Rob, en dónde estaría. ¿Estaría bien? Recordar su espalda lastimada por mi padre me llenaba los ojos de lágrimas, no se merecía eso. Tampoco se merecía que yo lo insultara.

Apenas pegué un ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente, las criadas me ayudaron a vestirme me peinaron el cabello y me uní en el salón para desayunar con mi familia. Brevemente recordé que tenía prohibida las clases de esgrima, y exhalé un suspiro de frustración.

Mi padre, sentado junto a mi madre en la mesa, lucía preocupado, y por sus profundas ojeras, parecía que al igual que yo, no había dormido en toda la noche.

—Por Dios, esto parece un funeral —mi madre aclaró su garganta y se limpió con una servilleta.

Todo sería más divertido si Rob estuviera aquí, pensé con una sonrisa. ¿Acaso lo extrañaba? Probablemente todavía estaría durmiendo la mona.

—El Concilio de anoche fue una pesadilla —finalmente mi padre rompió el silencio. Se notaba que la pena lo invadía y que estaba eligiendo sus palabras con cuidado antes de hablar—. Varios pueblos están alzándose contra nosotros. Se niegan a pagar impuestos y asesinan a nuestros recaudadores. Anoche, han cometido la peor de las infamias, una que desatará la guerra sobre ellos. Nos enviaron, en esta caja, la cabeza mutilada de Lord Cerwyn, nuestro más fiel recaudador, y amigo personal de mi infancia-

La voz de mi padre se quebró. Yo tragué saliva, y le pregunté a mi padre:

—¿Qué pueblo hizo eso?

—Dalry —Mi padre suspiró.

Mi madre señaló, indignada, señalando como todos los habitantes de Dalry era inherentemente salvajes y sanguinarios. Mi padre la tranquilizó explicando cómo y nuestro ejército podía dejar el pueblo limpio m caso de batalla.

En ese momento, entendí el verdadero motivo por el cual mi padre mantenía a Rob a su lado. No era compasión ni instinto paternal; era conveniencia política. Tontamente, mi padre creyó que mantener al bastardo de Dalry en sus tierras le garantizaba la lealtad de ese pueblo. Pero las cosas no resultaron como él pensó; una vez que la madre biológica de Rob había muerto, a nadie en Dalry le importaba Rob. Para los Habitantes de Dalry, rebelarse contra el clan de mi padre era más importante que la vida de un muchacho pendenciero que casualmente, había nacido allí.

Mi cabeza giraba; no podía dejar de preocuparme por Rob. Poco sabía yo de estrategia militar, pero estaba convencida de que había otra alternativa al combate.

—Padre....—interrumpí— ¿Cuál es el motivo por el cual los campesinos se rehúsan a pagar los impuestos?

—Afirman que son demasiados altos —mi padre respondió, sin prestarme mucha atención.

—¿Lo son? —pregunté—. El invierno pasado fue bastante crudo, y esta gente vive de sus cosechas...nosotros tenemos más que lo que necesitamos...tal vez podríamos otórgales un plazo.

Un silencio incómodo lleno el salón. Mi madre me miró como si yo estuviese demente. Mi padre también estaba visiblemente escandalizado.

—¿Y qué solución propones? —me increpó mi padre— ¿No cobrarles más impuestos? ¿Que vivan gratis?

—No dije eso...—sacudí la cabeza. —Pero tal vez hay una solución intermedia...que no implique sangre.

—¿Y cuál es? —mi padre preguntó, impaciente.

—No lo sé...—suspiré, frustrada.

—Beth, ya es hora que aprender cuál es tu lugar —me regañó mi padre—. Tal vez hayas leído muchos libros, pero no estás hecha para gobernar. Déjame a mí eso, y preocúpate por tener una conducta más propia de la hija de un jefe.

Yo podía saborear la decepción en sus palabras.

—Quiero encontrar una solución a todo esto.—insistí—. Sé que puedo hacerlo. Es mi deber como tu hija.

—Esto ya trasciende de política, Beth. Ya entramos en terreno militar, déjanos eso a los hombres —me dijo con una sonrisa—. Ahora ve, tienes clase de costura.

## Capítulo siete

Me desperté antes del amanecer, con el cuerpo levemente dolorido por la falta de un buen descanso. La rebelión de Dalry, la posibilidad de una sangrienta batalla y la ausencia de Rob me quitaban el sueño. Pero al llegar la mañana me vestí y me dirigí al salón principal para desayunar. Los sirvientes nos trajeron pan y leche caliente mientras mis padres comían en silencio. Mi padre se veía claramente agotado y mi madre tampoco podía ocultar su preocupación.

Estaba masticando mi comida en silencio cuando vi a Rob sentado en una mesa aparte. No era nada extraño; rara vez comía con nosotros y solía preferir la mesa cercana a la de los criados. Sin embargo, había algo inusual en él esa mañana, con sus hombros encogidos mientras revolvía su sopa con movimientos lentos. A pesar de la mirada de desaprobación de mi madre, me levanté y caminé hacia mi hermanastro.

Necesitaba hablar con él. Lo necesitaba con un impulso que casi me impedía respirar.

—Buenos días —Me senté a su lado en la pequeña mesa destinada a los sirvientes.

—¿Qué quieres? —me preguntó sin siquiera apartar los ojos de su plato.

—Nada. Solo...solo quería saber cómo estabas—. La voz me temblaba un poco—. Lamento que mi padre te haya castigado.

Rob esbozó una sonrisa triste.

—¿Todavía estás pensando en eso? Es agua bajo el puente. Me han golpeado peor en el pasado —Rob sacudió su cabeza, restándole importancia al asunto. Pero había algo diferente en él esa mañana; algo que yo no podía descifrar.

Había tanto que yo deseaba decirle; pero las palabras estaban atoradas en mi garganta.

—De acuerdo —Le dije y me levanté de mi asiento, convencida de que Rob jamás se abriría conmigo y que no tenía sentido quedarme a su lado. Estaba caminando de vuelta hacia la mesa de mis padres cuando Rob me habló.

—Oye, Beth...espera —me dijo, y yo giré para verlo—, ¿no quieres ir a cabalgar un rato por el bosque....conmigo?

—Por supuesto...—le sonreí. Rob nunca antes se había interesado por mis paseos, e inmediatamente sentí un cosquilleo despertar en mi estómago y muslos. Pero él me dio una mirada indiferente y volvió a su comida en silencio.

Cerca del mediodía ya habíamos dejado atrás el castillo de mi padre. Cada uno iba en su caballo, cabalgando en silencio por los profundos bosques del clan McCulloch. Rob no tenía muchas ganas de conversar, así que yo me dedicaba a observar el bosque casi cubierto por las hojas secas y los tonos ocres del otoño. Por suerte aun no hacía demasiado frío; estábamos disfrutando de las últimas mañanas cálidas del año.

—¿Qué es lo que haces usualmente aquí? —Rob me preguntó luego de un largo silencio.

—Leo...—le contesté.

—Qué aburrido—. Mi hermano resopló.

Cuando llegamos al claro descendimos de nuestros caballos para descansar las piernas. Apenas mi pie tocó el suelo Rob me giró violentamente y presionó sus labios sobre los míos.

Sentí una descarga eléctrica recorrerme y me di cuenta lo mucho que extrañaba el calor de mi hermanastro. Le devolví el beso, sujetándome con fuerza de su cuello y dejando que su lengua me saboree.

—Quítate la ropa —me ordenó con voz ronca—. Terminemos lo que empezamos en la armería.

—No acepto órdenes de nadie—. Le mordí el labio inferior suavemente—. Quítamela tú.

Rob gruñó y me besó con más violencia que antes. Sentí su lengua en mi boca y me entregué, sujetándome de su espalda y atrayéndolo más hacia mi cuerpo. Pero Rob interrumpió el beso y me abrió el vestido de un tirón, rasgando un poco las costuras del escote.

—¿Cómo voy a volver a casa ahora? —pregunté con mis ojos bien abiertos. Poco me importaba mi vestido, la verdad, pero me había sorprendido su reacción.

—Puedes explicarles que tu hermano bastardo te folló —Rob se burló mientras se quitaba su camisa, su kilt y los arrojaba al piso. En menos de un instante ya estaba completamente desnudo, yo aún tenía mi vestido puesto. Su desnudez tan salvaje me intimidó, y me quedé petrificada. Rob se acercó y me besó de nuevo, sujetándome entre sus brazos—. Te he extrañado, princesita.

—Yo también —confesé con un murmullo vergonzoso. Sabía que esto estaba mal, pero no podía estar separada de Rob por mucho tiempo. Sonreí con mis labios algo hinchados por tanto besarnos. Luego miré hacia abajo para contemplar el cuerpo de mi hermanastro, deleitándome con cada detalle. Su polla ya estaba dura, presionada entre nuestros cuerpos. Yo di un pequeño paso atrás y envolví el miembro de Rob en mi mano.

—Mírate...no puedes mantener tus manos lejos de mi polla.... —Rob me acarició el cabello mientras yo lo frotaba hacia arriba y hacia abajo. Luego dejó escapar un delicioso gruñido de placer, y yo aceleré el ritmo. Rob me tomó de la muñeca, deteniéndome—. No tan rápido, princesita.

Me detuve, y Rob me besó de nuevo. Unos instantes más tarde estábamos echados sobre la hierba seca, el aire otoñal se sentía un poco frío sobre mi piel, pero cuando Rob comenzó a recorrer sus manos sobre mí, entré en calor. Era la primera vez que sentía sus manos, callosas por la espada, directamente sobre mis pechos, estómago y brazos. Con un movimiento rápido, Rob me despojó de mi vestido y lo arrojó hacia un lado. Cuando sentí sus manos fuertes y cálidas en mis muslos, dejé escapar un gemido lastimoso.

Sin nada de gracia, Rob me tumbó en la hierba, con mi rostro de lado y me mejilla contra la hierba seca.

—Eres muy hermosa, Beth. Voy a disfrutar mucho follarte—. Rob me acariciaba con fuerza y la cabeza me daba vueltas.

Me mordí el labio con anticipación, y me asustó un poco pensar que esto realmente iba a ocurrir.

Iba a perder la virginidad. Y con Rob.

Los rayos de sol acariciaban mi cuerpo desnudo, y yo me acomodó sobre mi espalda. Rob besaba mi cuello, mis pechos, mi estómago. Sus labios apretujaron uno de mis pezones y yo me retorcí de placer. No podía creer lo bien que eso se sentía. Sus manos tan grandes y cálidas acariciaron mis pechos.

Me besó antes de dedicarse a torturar mi otro pezón: mordiéndolo, besándolo succionándolo. Yo no paraba de gemir y las cosquillas sacudían mis muslos. Creí que mi clítoris iba a explotar. Y cuando sentí los dedos de Rob acariciándolo, grité.

Rob sonrió. Me silenció con un beso apasionado, delicioso, y luego descendió sus labios por mi cuerpo. Besó la cara interna de mis muslos, hasta llegar a mi entrepierna, Me beso allí mientras

yo gritaba, y él mantenía mis muslos abiertos con sus manos callosas por la espada. Besó mi clítoris, jugó con él usando su lengua, y yo no paraba de gozar. Era algo tan nuevo, tan increíble.

Su lengua se movía cada vez más rápido, a un ritmo frenético, y yo me vi llegando a un orgasmo desenfadado. Intenté retrasarlo, intenté controlarlo, pero fue imposible. Su lengua era tan deliciosa, y las punzadas en mi clítoris explotaron.

Grité, mientras mi espalda se arqueaba contra mi voluntad. Aferré un puñado del cabello rojo de Rob mientras todo mi cuerpo vibraba de placer, y su lengua no cesaba de castigarme.

—Cuando te corres te ves todavía más hermosa—Rob me sonrió, alzando su rostro sonrojado entre mis muslos, aún temblorosos.

Me besó, y yo pude sentir mi sabor en sus labios, en su lengua. Por algún motivo, eso me excitó más. Nos besamos unos momentos mientras yo todavía me sentía en las nubes. Unos instantes más tarde, deslicé mis manos por su cuerpo y sentí su erección furiosa en mis dedos. Sentí la necesidad imperiosa de saborearla, de hacerlo gozar tal como él lo había hecho conmigo.

Rob se puso de pie y yo me arrodillé frente a él. Besé su polla un par de veces antes de metérmela en la boca. Rob dejó escapar una exhalación larga y profunda, y apoyo sus manos en mi nuca. Esta vez no me presionó con fuerza como la primera vez, sino que enredaba sus dedos en mis rizos mientras yo lo saboreaba.

Me di cuenta lo mucho que amaba su sabor, y cuanto había echado de menos tener su polla en mi boca. Apoyé mis manos en su trasero, Rob empujaba sus caderas para entrar más profundo en mi boca, y yo lo recibía con ansias. Pero cuando sentí que su polla comenzaba a pulsar contra mi lengua, Rob se apartó de mí con un bufido.

—Espera —me dijo, jadeante. Su cara estaba tan roja como su cabello—. No podemos hacer esto.

Respiré —hondo; la cabeza me daba vueltas mientras yo procesaba sus palabras. Regresar a la realidad fue doloroso.

—Está mal...somos hermanos —mascullé con horror.

—¡A la mierda eso, no somos hermanos de verdad!—, protestó Rob mientras recuperaba su aliento—. Pero...ya sabes que tus padres te casarán con algún noble en un futuro cercano, y esperarán que seas virgen. Si no llegas virgen al matrimonio...tendrás problemas. Y graves—. Rob se acercó y acarició mi mejilla con su mano caliente—. Seré un bastardo, pero jamás haría nada para perjudicarte, Beth.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. A pesar de la culpa y la vergüenza, mi deseo por Rob seguía ardiendo en toda mi piel. Y ahora, al oír esas palabras, no podía contener mis ansias de besarlo.

—Tienes razón —suspiré—. Mejor nos detenemos aquí, antes de hacer algo de lo que podríamos arrepentirnos.

Rob asintió con pesadez, y ambos nos tumbamos de espaldas en la hierba. Permanecimos así, en silencio, unos largos instantes. La suave brisa acariciaba mis pezones desnudos, provocándome escalofríos. Saber que Rob estaba tumbado a mi lado me impedía relajarme. Lo deseaba. Lo deseaba, y no había solución al respecto.

¿Por qué justo él?

Cuando menos lo esperaba, Rob giró sobre su lado y me besó. Me perdí en el beso, en el sabor de sus labios, y me estremecí al sentir sus dedos deslizarse sobre la piel de mi estómago. Sus caricias descendieron por mi cuerpo, y sus labios mordisquearon mi cuello. Emití un gemido de



placer y su mano acarició mi clítoris.

El placer crecía y yo crecía y mi cabeza daba vueltas.

—P-pero...—musité, acalorada—, creí que habíamos dicho...

—Puedo darte placer sin quitarte la virginidad —Rob me guiñó el ojo, mientras su mano dibujaba círculos delicioso alrededor de mi clítoris mojado.

Sentí su dedo entrar en mí, causándome una presión deliciosa. Gemí sin vergüenza, tranquila de que nadie podría descubrirnos. Un segundo dedo le siguió, provocándome un placer mayor. Grité mientras sus dedos me abrían, haciendo que mis músculos internos cedieran. Luego de unos momentos en los que Rob trabajó sus dedos dentro de mí, curvándolos, girándolos, empujando en lugares extra sensitivos que yo ni sabía que existían, ya no había más dolor.

O por lo menos no dolor físico, porque mis deseos de que él me poseyera me hacían sufrir demasiado. Lo necesitaba. Necesitaba a Rob dentro de mí. Sus dedos no eran suficiente, masturbarme no era suficiente, necesitaba unirme a él por completo.

—Necesito follarte ya mismo, Beth —Rob gruñó entre dientes apretados mientras me masturbaba. Yo podía sentir la urgencia animal en su voz, un deseo que él ya no podía prolongar por más tiempo.

Al igual que yo.

—Hazlo —Las palabras escaparon de mi boca sin siquiera pensarlas. No me importaban las consecuencias. Necesitaba a Rob y sentía que moriría si tenía que esperar un instante más—. Te quiero dentro de mí.

Él me observó con su mirada salvaje y reconfortante a la vez. Beso mis labios, mis pechos, mi estómago y mis muslos con fervor. Yo no podía aguantar más, mi entrepierna no cesaba de arder y palpitar.

—Relájate.... —Me susurró, y sentí sus manos en mis caderas y la punta de su polla dura presionando contra mi entrada. Tomé una bocanada de aire para prepararme, pero antes de que pudiese exhalar Rob embistió dentro de mí.

Agradecí estar tan apartados del castillo, o alguien hubiese escuchado mi grito. Su polla era más gruesa de lo que yo esperaba, y sentía mi cuerpo latir alrededor de ella con algo de dolor.

—Tranquila, Beth...—me susurró de nuevo. Oír mi nombre en sus labios me provocó una sensación cálida e íntima que me ayudó a relajarme. Exhalé nuevamente, mientras Rob empujaba despacio.

Ahora el dolor era apenas una sensación incómoda, y el rostro de Rob a milímetros del mío, sus manos acariciaron mi mejilla, su aliento contra mi boca, su mirada, todo ello sopesaba la molesta inicial.

Cuando Rob se dio cuenta que yo no sentía más dolor, empujó con un poco más de vigor, en unos instantes su largo completo estaba dentro de mí.

Mis músculos internos pulsaban con placer alrededor de su polla dura, y en un momento me encontré empujando mis caderas a su encuentro, deseando cada vez más y más. Él también estaba perdiendo el control de sí mismo; lo notaba porque movía sus caderas de manera más rápida y torpe, y porque su respiración se aceleraba. Yo creí que iba a estallar. Sentí mi propio cuerpo retorcerse de placer; me corrí mientras mi hermano seguía enterrando su polla dentro de mí con furia.

Y me besaba con el mismo fervor, mordiendo mis labios y mi cuello, acariciando mis pezones y mi cara.

Lanzó un gruñido final, placentero y lastimoso, e instantes más tarde sentí su semilla caliente

llenándome. Mis paredes internas se contraían de placer alrededor de su polla, y gemí de nuevo. Rob se corrió dentro de mí, y ese pensamiento me causaba tanto o más placer que el hecho en sí. Rob permaneció dentro de mí unos instantes más, mientras nuestros cuerpos aun pulsaban de placer. Cuando retiró su polla de mí, su semilla caliente resbaló por la cara interna de mi muslo, causándome una cosquilla deliciosa.

Giré sobre mi espalda, para estirar mis piernas. Mis músculos dolían un poco, pero era un dolor de satisfacción, como luego de una sesión de esgrima. Me quedé observando el cielo otoñal mientras recuperaba mi aliento y mi corazón volvía a su ritmo natural. Rob estaba a mi lado haciendo lo mismo, su cuerpo cubierto de sudor y su cabello rojo un poco húmedo por el sudor.

No podía creer que finalmente había follado por primera vez. Y con Rob. Mi hermanastro.

Observé su rostro, cansado y satisfecho. Tenía sus ojos verdes cerrados y una media sonrisa en los labios. Me entregué al impulso de arrastrarme hacia su lado y besar sus labios. Disfrutaba de su polla, pero también de sus labios. Él me devolvió el beso, tan divertido como asombrado. Me envolvió e sus brazos y permanecimos así, sin decir una palabra. Me hubiese gustado quedarme más tiempo yaciendo con él, sintiendo su calor contra el mío y el aroma natural de su piel mientras nuestras respiraciones y latidos se sincronizaban. De hecho, me hubiese gustado quedarme en ese bosque para siempre.

Pero tuvimos que vestirnos nuevamente, yo usé mi capa para cubrir mi vestido rasgado, y volver a casa. Íbamos cabalgando despacio, de nuevo hacia el castillo, cuando sentí que la culpa me embargó.

—¿Rob? —le murmuré mientras cabalgaba a mi lado—. Lo siento....

—¿Por qué? —me preguntó, confundido.

—Por llamarte bastardo tantas veces.... —Me encogí de hombros mientras dirigía las riendas de mi caballo—. Nunca quise insultarte,

—Lo sé, Beth...Pero no tienes que disculparte. Tu padre tiene razón, soy un bastardo. Las cosas por su nombre—. Rob me dirigió una sonrisa amarga. Una vez más, noté como me derretía cada vez que mi hermano me llamaba por mi nombre. —Además, me excita un poco cuando tú me llamas así...—Se estiró peligrosamente hacia mí y me besó mientras ambos cabalgamos en nuestros respectivos caballos.

—¿Extrañas tu hogar en Dalry? —le pregunté, sonriéndome a mí misma por su beso.

—Nunca fue mi hogar realmente...una vez que mi madre murió, no había nada as para mí allí.

Su respuesta me tranquilizó un poco, pero aun quería saber más de él.

—Entonces ¿no te gustaría volver a vivir allí?

—No, y menos ahora que la gente se está masacrando en las calles...—Rob suspiró —Además, te extrañaría.

Sabía que el tema lo incomodaba y trataba de ocultarlo con humoradas. Sonreí y no dije nada. Pero la idea de no ver más a Rob se sentía como un puñal retorciéndose en mi corazón. Su falta de apego a su hogar natal era un verdadero consuelo. Pero ¿Por qué me sentía de pronto tan cercana a él? Tal vez era uno de los riesgos de dejar a alguien entrar en ti. Sentirme tan expuesta, tan vulnerable me asustó, así que cambié de tema.

—Y dime... ¿has follado muchos muchachas en Dalry?

—Miles...—Rob respondió entre risas.

—No te creo...—sacudí la cabeza— ¿Quién fue la primera?

—Una moza de taberna... ¿A qué se debe este interrogatorio, Su Alteza?

—¿La amabas?

—¿Amor? —Rob abrió sus ojos verdes y me otorgó una mirada incrédula—. Lees demasiada poesía, princesita.

Odié llegar al castillo; me hubiese gustado seguir cabalgando con mi hermano por horas y horas, entre risas y bromas. Pero llegamos en las últimas horas de la tarde, y lo único que le sorprendió a la gente fue vernos charlando juntos sin asesinarnos. Entregamos nuestros caballos en el establo, y yo descubrí lo molesto que era cabalgar luego de haber follado. Rob notó mi molestar y se acercó a preguntarme:

—¿Te sientes bien?—. Había verdadera preocupación y ternura en su pregunta.

—Estoy perfecta...—le contesté, y por lo bajo agregué—. Tanto que dejaré mi puerta sin pestillo esta noche.

—Es muy riesgoso...debemos actuar con cautela —Rob me respondió con un tono mitad asustado y mitad excitado.

—Es una orden de tu princesa, bastardo. Obedece.

## Capítulo ocho

Casi todas las madrugadas, cuando toda la fortaleza estaba dormida con excepción de algunos sirvientes, Rob se escabullía a mi dormitorio para pasar la noche conmigo.

Yo solía dejar el pestillo sin cerrar, y me acurrucaba bajo los cobertores de mi cama nerviosa y desnuda, esperándolo. A veces él no lograba sortear los guardias, y una profunda angustia se apoderaba de mí al no poder besarlo y abrazarlo. Pero en las ocasiones en las que Rob lograba llegar a mi recámara, apenas cruzaba el umbral yo me abalanzaba a sus brazos. Nos besábamos con pasión mientras yo le arrancaba el kilt con manos desesperadas, y Rob cubría mi cuerpo con besos y caricias que me hacían retorcer de gozo. Mientras me penetraba, yo sentía que nuestros cuerpos habían sido hechos el uno para el otro, para encajar con la más exquisita perfección. Al momento de llegar al orgasmo, yo olvidaba todo; lo prohibido de nuestra relación, la culpa la vergüenza, el peligro a que nos descubran, solo existía Rob en ese momento. Frecuentemente él presionaba su mano contra mi boca para silenciar mis gemidos de placer.

—Shh ¡nos van a descubrir! —me regañaba con cariño.

Y adoraba sentir cómo se corría dentro de mí, llenándome con su semen caliente, que después se deslizaba por la cara interna de mis muslos mientras Rob me estrechaba en sus brazos y me besaba hasta conciliar el sueño.

—¿Sabes? —me susurró una noche mientras yo dormitaba sobre su pecho, sintiendo su corazón latir desbocado contra mi mejilla y su semen resbalar fuera de mí—. Al principio odiaba este castillo de mierda. Ahora, aquí, contigo en mis brazos, agradezco a todos los dioses que existan por haber venido.

Sentí un cosquilleo subir por mi garganta. En la negrura de mi recámara, envuelta por el calor de la piel de Rob, mis ojos se llenaron de lágrimas. Quise articular una respuesta, pero las emociones me sobrecogieron.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser mi hermanastro?

—Rob...—musité, pero él ya se había quedado dormido.

Así trascurrieron las semanas. Mis días eran tediosos por la ausencia de las clases de esgrima y la presión constante de mi madre para que yo *actuara como una dama*. Pero mis noches estaban llenas de una pasión salvaje imposible de describir. Y al amanecer, la culpa por mis pecados. La vergüenza de amar a Rob, el hijo bastardo de mi propio padre.

Sí, amor. Era algo innegable. Jamás había amado a un hombre, pero estaba segura que eso era lo que sentía por Rob. A veces me sacaba de quicio con sus sonrisas arrogantes y sus chistes, pero adoraba pelear con él. Y adoraba sentirme envuelta en sus brazos, besar sus labios, y sentir como me llenaba. Cuando yo me quedaba dormida en sus brazos, y lo sentía roncar suavemente debajo de mí, yo conocía la paz verdadera. Eso no podía ser otra cosa más que amor.

Y a la vez, me sentía tan desgraciada...

Una mañana, yo me encontraba bordando junto a mi madre, sentadas junto al fuego del hogar. Ensimismada en mis pensamientos, separé mis ojos del bordado para mirar por la ventana de la fortaleza. En el patio principal, los muchachos entrenaban con espadas de madera, el viejo Motley

los regañaba a aullidos. Y yo me di cuenta que Rob no estaba.

¿Adónde se había ido?

—¿Beth? Ya es la tercera vez que te llamo —la voz de mi madre me arrancó de mi ensimismamiento—. ¿Por qué estas tan distraída últimamente?

—Nada —fingí una sonrisa—. Solo estoy algo cansada.

Mi madre presionó su palma en mi frente.

—Te ves pálida ¿no has dormido bien?

Si supiera...

—No —respondí, tranquilizándola—. Mi período está cerca.

—Debes cuidar tu salud. Tu padre tampoco está durmiendo bien, gracias a esos altercados con el pueblito de Dalry—. Mi madre sacudió la cabeza y dio unas puntadas más. Luego, dejó de lado la costura y volvió a mirarme con una enorme sonrisa—. Beth, te tengo buenas noticias. Eric, el hijo mayor de los McClumsky está buscando esposa.

—¿Y? —intenté ocultar el miedo que me provocaban esas palabras.

—¿Cómo Y? Ya sabes lo que eso significa; los McClumsky son un clan muy poderoso, y en muy buenos términos con tu padre. El joven Eric McClumsky el día de mañana será la cabeza del clan, sería una buena alianza para ambas familias. Ya he hablado con su madre y llegamos a un acuerdo.

—Me alegra que ustedes hayan acordado sin consultarme.

—¿Consultarte? Eric es joven, apuesto y de buena familia ¿serías una demente si te niegas, Beth! —mi madre se acercó para cuchichear—. Y francamente, no se ha quejado de tu carácter tan masculino. Pocos hombres te tendrán esa paciencia, Beth. Si rechazas al chico McClumsky, dañarás aún más tu reputación.

Una ola de pavor y furia subió por mi cuerpo.

—¿Estás hablando en serio? —la voz me temblaba.

—Esperaremos que se resuelva el tema de la rebelión—mi madre sentenció, volviendo a su costura—. Por suerte, ya será primavera. Una boda en primavera siempre es bonita.

—No quiero casarme con el chico McClumsky —murmuré con las pocas fuerzas que me quedaban.

Mi madre me oyó, pero continuó bordando como si nada. Sentí que, aunque yo aullara aviva voz, tampoco importaría. A nadie le importaban mis deseos.

Solo a un hombre. Rob. Un hombre prohibido para mí.

—No amo a Eric McClumsky —insistí con lágrimas de rabia asomando por mis ojos.

—Oh, querida Beth— suspiró mi madre—. El amor solo existe en los libros.

Sonreí con amargura. Rob me había dicho algo similar, un tiempo atrás.

Necesitaba verlo.

Necesitaba, aunque sea, hablar con él. Llorar en su hombro. Tal vez...tal vez él tenía un plan para mí. Para nosotros.

Pero Rob no estaba en el castillo; nadie lo había visto después de la práctica de esgrima de aquella mañana, ni se unió a la cena conmigo y mis padres. Claramente, estaba borracho en alguna taberna.

Llegada la noche, lo esperé en mi recámara, acostada bajo mis cobertores con lágrimas en los ojos. Necesitaba hablar con él. No follar, simplemente, sentir su presencia. Me calmaba.

Después de haber esperado casi una hora, supe que no iba a venir.

Pero yo no podía esperar. No esa noche.

En un impulso cercano a la locura, salté de mi cama y me vestí. Trencé mi cabello y cubrí mis

hombros y mi cabeza con una pesada capa. También ajusté una espada delgada a mi cinto.

Era una locura, pero necesitaba hacerlo. Necesitaba ir al encuentro de Rob. Incluso sentí un cosquilleo placentero cuando me escabullí de la fortaleza hasta el establo, en busca de mi yegua. Escapar del palacio donde había vivido toda mi vida se sentía tan liberador, tan excitante. El aire nocturno golpeaba mi rostro y secaba mis lágrimas mientras yo cabalgaba a toda velocidad por los campos iluminados por la luna llena, rumbo a Dalry.

No era lejos, pero una vez cabalgando por las callejuelas de ese pueblito, sentí que había entrado en otro mundo. Había poca gente afuera a esa hora, sin embargo, la luz anaranjada de unas linternas y las voces de gente canturreando me indicó el camino hacia una taberna. Descendí de mi caballo y lo até en el poste frente a la puerta. Dalry era un pueblito pequeño, y mi intuición me dijo que esa era la taberna donde encontraría a mi medio hermano. Di un vistazo alrededor antes de entrar; era difícil de creer que ese pueblito estaba en plena rebelión contra el clan de mi padre.

Aferré el mango de mi espada antes de cruzar la puerta. Una vez adentro, recibí algunas miradas curiosas, pero la algarabía no cesó. Junto a una hoguera que iluminaba la pequeña sala de paredes de madera, los hombres bebían y cantaban como si ni hubiera mañana. Me sentí lo suficientemente segura para bajarme la capucha. Sentí un escalofrío al revelar mi cara, pero nadie me reconoció, apenas escuché algunos cumplidos obscenos.

De pronto, mi mirada se encontró con la de Rob a la distancia. Él estaba bebiendo solo en un rincón, y al descubrirme, su rostro se llenó de sorpresa y preocupación. Se puso de pie, abandonó su bebida y se abalanzó hacia mí. Me sujetó de los brazos, como si no pudiera creer que yo estaba frente a sus ojos. Yo estaba a punto de llorar.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loca? —su voz temblaba, era la primera vez que lo veía asustado.

—¿Qué haces tú aquí? —le espeté. De pronto, sentí deseos de expulsar toda mi furia hacia él. Aunque no la merecía—. ¡Por qué no estás en tu hogar?

—Sabes muy bien que la fortaleza no es mi hogar —dijo rápido— Pero no cambies de tema... ¿qué haces aquí? ¿Acaso te has vuelto loca? Cabalgar hasta aquí tu sola... ¡podría haberte ocurrido cualquier cosa!

No lo soporté más y estallé en lágrimas. Lágrimas de impotencia y furia.

—¡Van a casarme! —sollocé, rabiosa—. Con el imbécil del hijo de McClumsky... ¡a nadie le importa lo que yo quiero! ¡Van a casarme con él! ¡Y no tengo escapatoria!

Mientras yo lloraba, algunos hombres giraron el cuello para contemplar la escena.

Rob dejó escapar un suspiro cuando al escucharme, y sus ojos verdes se abrieron como platos. Yo busqué una respuesta en su mirada, y él tan solo me abrazó. Me perdí en el calor de su pecho, de sus brazos fuertes rodeándome, y descargué toda mi tristeza en su hombro. Él tan solo me dejaba descargarme, sosteniéndome con firmeza entre sus brazos y acariciando mi cabello con ternura tranquilizadora.

—Beth...—susurró con su voz grave, y nuestros ojos volvieron a encontrarse.

Me di cuenta de lo mucho que lo amaba, y esa revelación me golpeó sin piedad. Utilicé toda mi fuerza de voluntad para contenerme, para calmarme, pero cuando sus labios chocaron contra los míos me perdí en ese beso tan salvaje, tan apasionado. Me aferré a sus anchos hombros mientras sus manos acariciaban mi cuello y mi cabello trenzado. Podía perderme allí para siempre, no quería regresar a la vida que ya habían planeado para mí.

Cuando sus labios se separaron de los míos, me sentí perdida de nuevo. Rob me observó, jadeante.

—No puedes quedarte aquí, es peligroso —me advirtió Rob, acariciando mi mejilla—.

Cablgaré contigo hasta la fortaleza.

—¡No! —me sacudí—. No pienso regresar allí ¡no quiero casarme con McClumsky!

—Tranquila —volvió a acariciar mi mejilla con ternura—. ¿Quieres dormir aquí, conmigo?

Habíamos compartido la cama decenas de veces, no solo para dormir, sin embargo, su pregunta me descolocó.

—Es muy tarde para andar por los campos —agregó, sin cesar de acariciarme—. Duerme aquí, conmigo. Por la mañana, cuando estés más tranquila, tomarás una decisión.

—Ya he tomado mi decisión —murmuré, pero Rob no alcanzó a oírme. Luego de hablar algo con el dueño de la taberna, me cogió de la mano y me dirigió escaleras arriba, mientras los borrachos seguían canturreando junto al fuego.

En el piso superior, me condujo por un estrecho pasillo apenas iluminado, cuyas paredes de madera olían a moho. Cruzamos una puerta y entramos a una habitación diminuta. Rob cerró la puerta detrás de mí y soltó mi mano para encender una antorcha empujada en la pared. Pronto una débil luz anaranjada iluminó una habitación que servía de sala y dormitorio a la vez. La única fuente de luz y calor provenía de aquella antorcha, pero no me imputaba pasar la noche en una habitación fría y húmeda, mientras Rob estuviera conmigo. Él me dejó sola unos minutos, en lo que yo aproveché para despojarme de mi capa y vestido. Me deshice la trenza en el cabello y me metí bajos los cobertores de la cama, usando solo mi túnica interior. Tiritaba un poco por el frío nocturno, pero no me importaba. Me sentía extrañamente feliz.

Rob regresó con una botella de licor, me sonrió y volvió a cerrar la puerta. Se sentó a mi lado, sobre la cama, y me ofreció un trago.

—Bebe, te ayudará a entrar en calor —me dijo con una sonrisa. Así lo hice, la bebida tenía un agradable sabor a cerezas, y pronto sentí un calor acogedor en mi garganta y estómago. Rob dio un vistazo alrededor—. A veces paso la noche aquí, cuando estoy muy borracho. Imagino que para ti debe ser espantoso.

—No lo es —dije, y bebí de nuevo—¿Por qué bebes tanto, Rob?

—A veces, es lo único que ayuda —suspiró, antes de beber él. Luego me devolvió la botella y se quitó la camisa. Sentí un cosquilleo al contemplar su pecho desnudo, el vello rojizo entre sus pectorales fuertes.

Rob se deslizó bajo las cubiertas y sentí su cálido cuerpo a mi lado. Admiré el perfil de su rostro, mientras él observaba el techo y despedía un largo suspiro.

—Ya no tienes que seguir sufriendo ¿sabes? —le dije—. Mi padre te ha aceptado como su heredero, a falta de otros hijos varones. Ya no tienes que pasar tus noches bebiendo y peleando en tabernas, ni preocuparte por cómo alimentarte todos los días.

Él me dedicó una sonrisa amarga.

—Y si la vida en el castillo es tan maravillosa ¿por qué tú has escapado en medio de la noche? —me preguntó, desafiante.

—Es diferente para mí, yo soy mujer —respondí con la misma amargura—. A mí me obligarán a casarme con un hombre que no amo, y mi vida se verá reducida a ser una sirvienta glorificada de mi marido, además de una yegua de cría que expulse herederos. Pero tú, tú eres hombre. Si juegas según las reglas del clan...

—Nunca perteneceré allí— me interrumpió—. No importa que tan obediente y servil sea, nunca me verán como un igual. Soy un bastardo—. Sus ojos recorrieron mi cuello antes de acariciar mi mejilla y sonreírme—. Además, yo no hago eso.

—¿Qué cosa?

—Seguir las reglas de otro. Simplemente, no está en mi naturaleza. Y tampoco en la tuya. Nos parecemos mucho más de lo que tú crees.

Acercó su cuerpo todavía más al mío, y me envolvió en sus brazos. Sus dedos jugaron tiernamente con mi cabello.

—El único motivo por el cual le exigí a tu padre que me legitimara—continuó hablando mientras me acariciaba—, fue para poder comer todos los días. Y el único motivo por el cual permanecí allí, fue por ti.

Me sostuvo la mirada, salvaje y tierna a la vez, y yo me perdí en sus ojos de jade. Los míos se llenaron de lágrimas; me aferré a su cuerpo en un estrecho abrazo y lo besé con pasión desenfrenada.

—Beth...—Rob se apartó de mis labios, jadeante—, hay algo que debes saber.

—No me importa —yo sollozaba, sin dejar de besarlo. No podía pensar en nada más que en sus labios, su piel, sus manos—. ¡No me importa si somos hermanos!—. Sus ojos se clavaron en los míos, y yo susurré—. Te amo, Rob ¡mierda, te amo!

Volví a besarlo con furia, mordiendo sus labios y saboreando su lengua mientras las lágrimas corrían por mi rostro.

—No somos hermanos —sentenció él.

Sentí una ola de electricidad recorriendo todo mi cuerpo. Clavé mi mirada en la suya, incrédula.

—¿Q-qué? —murmuré, la cabeza me daba vueltas.

—Mentí —continuo Rob—. Mi madre era una prostituta, y tuvo sexo con tu padre, pero yo no nací de aquella unión. Siempre lo he sabido, pero mentí. Mentí, aprovechándome de las aventuras que tenía tu padre para chantajearlo, y tener una vida mejor. Estaba cansado de pesar hambre en este pueblo de mierda, y luego de la muerte de mi madre, ya no me quedaba nada aquí.

Me quedé sin habla, y Rob me observaba con ojos culpables.

—Nunca fue mi intención mentirte, ni lastimarte, Beth.

—No somos hermanos —las palabras brotaron de mi garganta con una mezcla de enojo, sorpresa, y alivio.

—Perdóname, Beth —repitió Rob—. Nunca pretendí que esto llegara tan lejos. No creí que iba a enamorarme de ti, pero...lo hice.

—¡Desgraciado! —lo regañé con lágrimas en los ojos. Rob mantenía su expresión culpable en la cara, creyendo que yo lo odiaba, pero yo me abalancé para besarlo de nuevo. Besé su cuello, su pecho, su abdomen. Estaba presa de un frenesí increíble; me molestaba la mentira, pero me pesaba mucho más la libertad de que ahora Rob podía ser mío. Totalmente mío. No había barreras sociales sin morales entre nosotros, y aquello me llenaba de una pasión desenfrenada. Sentí su erección creciendo entre mis piernas, y la envolví con mi mano. La acaricié, arrancándole unos masculinos gruñidos de placer, mientras no dejaba de besar los músculos firmes de su estómago.

—E-entonces —masculló él— ¿No me odias por haberte mentido?

Rei por lo bajo.

—Sí, te odio muchísimo —respondí con una sonrisa. Su miembro duro ardía entre mis dedos—. Por eso tengo que castigarte.

Me incorporé, rodeando su regazo con mis muslos. Él me cogió de la cintura con sus manos cálidas y me ayudó a descender sobre su erección. Yo estaba tan entusiasmada y mojada que su dureza se deslizó en mi interior con facilidad, provocándome un delicioso y placentero escalofrío. Dejé escapar un gemido cuando él estaba enterrado hasta lo más profundo de mi cuerpo, mis



músculos internos palpitando a un ritmo exquisito alrededor de su polla. Comencé a moverme, aumentando al máximo esa fricción tan deliciosa.

—Eres tan hermosa —jadeaba él, esforzándose por no correrse. Y sentía como su miembro palpitaba en mi interior, y lo cabalgué con fuerza, enloquecida por el placer enorme que me proveía. Escuchaba mis propis gemidos reverberar en las paredes mohosas, la luz anaranjada de la antorcha moldeaba los músculos de Rob, su rostro, sus clavículas, sus bíceps. Yo veía sus ojos arder y sentía sus manos en mi cintura. Yo subía y bajaba cada vez con más frenesí, sintiendo como mi clítoris palpitaba, sintiendo como Rob me llenaba.

Cuando estaba punto de correr me, él me jaló de la cintura y me tumbó de espaldas. Envolví su cuerpo con mis muslos en un abrazo ajustado, y él, comenzó a embestir entre bufidos descontrolados. De ese ángulo la penetración era brutalmente placentera, y Rob estaba perdiendo el control. Su polla durísima golpeó ese lugar dentro de mí que me enloquecía, y yo exploté. Me aferré a sus anchos hombros, rasguñándolo, y todo mi cuerpo vibró de placer. Estaba corriéndome cuando él silencio mis gemidos con sus labios. Compartimos un beso furioso mientras él daba las últimas estocadas, despiadadas, y su semen me llenó.

—Lamento haberte mentido —repitió él minutos más tarde, mientras los dos recuperábamos el aliento. Yo estaba recostada sobre su pecho, sintiendo su corazón palpar contra mi mejilla, y los restos de su simiente resbalando por la cara interna de mi muslo.

Me perdí en un lánguido trance, envuelta en sus brazos con mis interior todavía cálidos y palpitando. Nada me importaba en ese momento, solo él.

Solo Rob.

—Te amo, Rob —susurré contra su piel. Las palabras simplemente brotaron de mí, sin pensarlas. Pero eran ciertas.

—Yo también te amo —dijo él, aunque había cierta tristeza en su voz.

Me quedé dormida en sus brazos y dormí toda la noche sin soñar.

Desperté sintiéndome más relajada que en toda mi vida. Me despecé con una sonrisa; era gracioso que el mejor descanso me lo hada dado un colchón delgado y húmedo y no mi lujosa cama de la fortaleza. El brazo de Rob todavía me rodeaba, sus dedos dibujando círculos suaves en mi hombro desnudo. Abrí los ojos y vi su sonrisa relajada y su cabello rojo desordenado. Me dedicó una sonrisa y se la devolví. Mi pecho estaba a punto de explotar, y él me besó.

Poco a poco yo regresaba a la realidad, y recordaba mi huida del castillo, mi compromiso forzado, la súbita confesión de Rob. Alcé mi cuello y vi el radiante sol que se filtraba por la diminuta ventana.

—Ya es casi mediodía —murmuré.

Rob acarició mi cabello por última vez y se levantó de la cama. Me sentí vacía ante la falta del calor de su cuerpo, y me envolví con las sábanas. Rob comenzó a vestirse con brazos lentos.

—Deberíamos partir ahora para llegar a la fortaleza antes de que anochezca —dijo mientras se ajustaba el kilt a la cintura.

Esas palabras me hicieron sentarme en la cama con violencia, revelando mis pechos desnudos. Rob me dedico una sonrisa de costado al verlos, y continuó vistiéndose. Había algo de pesadez en su actitud.

—¿Estás loco? —le espeté—¡No pienso volver!

—Dalry es muy peligroso...aunque sepas usar la espada —me dijo—. He vivido aquí toda mi vida y no se lo aconsejo a nadie. Solo hay muerte, pobreza y miseria aquí.

Me puse de pie y caminé hacia él.

—Tú lo has dicho...nosotros no podemos vivir siguiendo reglas. Aquí seríamos libres —lo abracé, y él acarició mi cabello con ternura—. Si regresamos, tú deberás seguir fingiendo que eres mi hermano. Y yo...yo me casaré con McClumsky.

—Es mejor que pasar hambre —respondió con tristeza—. Tal vez Dalry te parezca pintoresco, pero después de pasar aquí todos los días de tu vida, lo único que desearás es desaparecer.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Anoche dijiste que me amabas— murmuré.

—Y lo hago. Te amo, Beth —sus manos acariciaron mi mejilla y me miró sus ojos verdes—. Sería un desgraciado egoísta si te obligo a vivir aquí conmigo, a pasar hambre a mi lado. En las tierras de tu padre no te faltará nada nunca.

—Me faltarás tú —insistí.

—Eso nunca. Siempre estaré a tu lado, aunque sea viviendo una mentira.

Sollocé. Rob tenía razón. Me sentía una niña caprichosa; la horrible verdad era que mi mejor opción era casarme con McClumsky y continuar mis encuentros furtivos con Rob.

—Preferiría estar contigo y no casarme con él —pensé en voz alta.

—Yo también —suspiró él—. Pero la vida no es como tus libros de poesía, Beth.

## Capítulo nueve

Una semana había transcurrido desde que Rob me había traído de nuevo a casa. La única reprimenda que obtuve fue un regaño por parte de mi madre, y el recordatorio de que *yo necesitaba comportarme como una dama ahora que pronto iba a ser una mujer casada*. Después, mis padres regresaron su atención a los asuntos que verdaderamente le preocupaban; mi padre en acertar la lealtad de los otros clanes y mi madre en preparar mi boda, que uniría al influyente clan McClumsky con el nuestro.

Y yo solo podía pasar los días en mi habitación, observando por la ventana las clases de esgrima a las que tenía prohibido participar. Las únicas actividades permitidas para mí eran las clases de costura y las pruebas para mi vestido nupcial.

Y en la soledad de mi recámara, yo no cesaba de llorar. Me sentía acorralada, prisionera. Decidí internarme en mis libros para olvidar el dolor. Solo que esta vez no elegí poesía, sino que me zambullí en la historia política y económica de McCulloch. Mientras esperaba la hora en que Rob se escabullera en mi dormitorio, yo devoraba volúmenes completos sobre las gestiones de los reyes que gobernaron antes que mi padre. Mientras leía, tomaba notas, y hacía pausas para observar la puerta, esperando en vano el retorno de Rob.

Pronto, yo ya tenía tantas notas para llenar una carpeta de cuero completa.

Pero aún, así, me sentía desolada. Una extraña tristeza me había poseído por completo, incluso mi cuerpo se sentía diferente.

Una noche, cuando toda la fortaleza estaba sumida en el silencio y la negrura de la madrugada, escuché el débil traqueteo del pestillo en mi puerta. Me estremecí en mi cama, sabiendo que era Rob.

Él cruzó la puerta como un demente, y se abalanzó para besarme y abrazarme.

—¡Mierda Beth! —gruñía contra mis labios—. Ha sido tan difícil venir a verte...tu padre ha duplicado tu vigilancia...no pude...no pude...

Pero yo lo aparté con lágrimas de rabia en mis ojos. Esa horrible tristeza que me embarga ahora se había convertido en odio, odio hacia Rob.

—¿Qué ocurre? —me preguntó jadeante.

—¿Qué ocurre? —le espeté—, ¿vas a quedarte de brazos cruzados mientras me casan con ese idiota?

—¿Qué esperas que haga? —me respondió—¿Pedir tu mano? No puedo hacerlo; somos *hermanos* ¿recuerdas? Y si confieso que no lo soy, es la horca para mí. En ese caso sí que será imposible estar juntos.

—Podemos huir.

—¿Adonde? ¿A Dalry? ¿En medio de una guerra civil?

Se me llenaron los ojos de lágrimas; sabía que Rob tenía razón, pero la tristeza me hacía odiarlo.

—Creí que me amabas, mentiroso —murmuré entre dientes apretados.

—Y lo hago —acaricio mi mejilla—. Por eso quiero lo mejor para ti. Y lo mejor para ti es que

vivas en un castillo, con una cama caliente y comida todos los días. Yo no puedo darte eso, Beth. Si otro hombre puede brindártelo, entonces debo dejar mi egoísmo de lado.

Vi la sinceridad de sus palabras, la tristeza y amor por mí en sus ojos verdes ¿la impotencia y la rabia por tener que dejarme ir con otro. Pero, aunque mi mente lógica trataba de calmarme, las lágrimas no dejaban de caer por mis mejillas.

—¡Estoy cansada de que todos me digan lo que es mejor para mí! —chillé, sin importarme si algún criado me escuchaba— ¡No soy una niña, soy una mujer!

—Beth...—imploró Rob, Fue la primera vez que lo vi derramar una lágrima.

Una parte de mi cerebro me decía que la suya era la muestra de amor más grande de todas; la de renunciar a la propia felicidad por el bienestar del ser amado. Pero no me alcanzaba, no podía dejar de estar rabiosa.

—¡Vete de aquí! —le grité—No quiero verte nunca más.

Él imploró mi nombre un par de veces más, pero yo me enteré bajos los cobertores de mi cama sin responderle, hasta que finalmente lo escuché retirarse. Entonces, mis lágrimas se desbocaron como un torrente hasta que me quedé dormida.

Me desperté sintiéndome todavía peor, y algo arrepentida por haberle gritado así a Rob ¿Qué se había apoderado de mí para gritarle de esa manera? En aquel momento, lo único que deseaba era abrazarlo, despertarme entre sus brazos, aunque sea en una cama mohosa de un pueblo pobre.

Me uní con mi madre para el desayuno, pero unas horribles náuseas me impidieron probar bocado.

—Beth, estás pálida —me dijo mi madre en tono acusativo.

—Estoy bien —mentí—. ¿Dónde está Padre, por qué no desayuna con nosotros?

—Ocupado, parece que el tema de la rebelión se ha puesto peor —suspiró mi madre.

—¿Y Rob? —mis labios temblaron al pronunciar su nombre, y el rostro de mi madre se tiñó con la típica mueca de disgusto.

—No tienes que preocuparte por Rob— sentenció, y yo no comprendí a qué se refería.

Sin embargo, después de desayunar atravesé el patio principal, donde los muchachos entrenaban con espadas, y no pude encontrar a Rob. Aquello me parecía extraño ¿dónde estaría? Me dije a mi misma que tal vez estaba bebiendo o pasando la resaca en alguna taberna de Dalry. Suspiré. Me sentía culpable de haberle gritado la noche anterior, y durante toda mi clase de bordado, no dejaba de pensar en él.

Clavaba la aguja con desdén en mi bastidor, y le daba mil vueltas al asunto. Era cierto que estaba cansada de que tratasen como a una niña, pero sentía que mi exabrupto había sido i justo con Rob. Pensaba que le debía una disculpa. Solo podía desear estrecharlo en mis brazos y buscar una manera, la que sea, de seguir estando juntos. Si la uncia forma era siéndole infiel a mi futuro marido McClumsky, entonces yo estaba dispuesta a correr ese riesgo. Me conformaba con cualquier chance de poder pasar algo de tiempo con Rob.

Estaba pensando en ello cuando mi mente se tornó débil. La aguja resbaló de entre mis dedos y cayó al piso, alcancé a emitir un quejido antes de desmayarme.

Cuando abrí los ojos, apenas unos segundos habían transcurrido, pero yo sentía que despertaba de un largo sueño. Las otras muchachas me rodeaban, preocupadas, y mi madre chillaba que me dieran espacio para respirar. Confundida, mis sienes palpitaban y me aferré del brazo de mi madre para incorporarme.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, todavía algo mareada.

—Te has desmayado —me explicó mi madre, preocupada. Las muchachas a mi alrededor

murmuraban.

Mi cabeza todavía daba vueltas. No me sentía mareada, pero tenía demasiada información enloqueciéndome. ¿Podría ser que mi desmayo estuviera relacionado con la tristeza extraña que me venía acosando estos últimos días? ¿Los cambios de humor repentinos que me habían hecho gritarle a Rob la noche anterior? Algo en mi interior me decía que sí.

Y de pronto, una pregunta súbita apareció en mi cabeza: ¿Cuándo había sido mi último periodo? Frenética, hice los cálculos en silencio.

—Beth ¿me estás escuchando? —insistió mi madre ante mi falta de respuesta.

—Sí, sí —la voz de mi madre me arrancó de mi ensimismamiento. Intenté fingir que todo estaba bien.

—Mejor vas con el médico para que te examine.

Una ola de sudor frío recorrió todo mi cuerpo. No podía dejar que el médico de la familia me revisara: si realmente yo estaba embarazada de Rob el doctor lo descubriría e informaría a mi padre.

—No, no es necesario —sonreí, nerviosa—. Estoy perfecta. No he desayunado bien, eso es todo.

—Mejor que te vea el médico —insistió mi madre.

—No, en serio. Solo necesito descansar. Voy a tomar una pequeña siesta.

Fingí una nueva sonrisa y escapé hacia mi recámara. Mi corazón palpitaba a un ritmo furioso. ¿Esto realmente estaba pasando? Volví a atravesar el patio rumbo a mi recámara, y nuevamente mis ojos buscaron a Rob en forma frenética. Pero no había rastro de él, tampoco se unió a nosotros para la cena. Solo estábamos mi padre, mi madre yo comiendo en un silencio incómodo.

—Beth...estás pálida como un fantasma...—mi padre comentó. Tu madre me ha contado el episodio de esta mañana ¿te sientes mejor?

—Sí, el descanso me ha hecho bien —mentí. Mi madre sonreía porque los planes de mi boda con el chico McClumsky no habían sido arruinados. Con un temblor en la voz, me dirigí de nuevo a mi padre— ¿Sabes dónde está Rob? ¿Dónde está mi hermano?

—No lo sé...—mi padre levantó la copa y bebió un sorbo—. Ya sabes cómo es, debe estar de juerga en alguna taberna, bebiendo y peleando. Ya volverá a dormir la mona.

—Él ya no es así...—musité— Ya no hace esas cosas.

Mi padre dejó su bebida a un lado y me miró de manera severa a los ojos.

—Francamente no me importa dónde esté el bastardo. tengo asuntos mucho más importantes de qué ocuparme, y tú también, Beth.

—Escúchame Beth...—interrumpió mi madre—, ya no puedes seguir comportándote como una niña. Recuerda que tú serás la señora McClumsky muy pronto. Olvida los libros, la música y los juegos con tu hermano.

Pero no podía. No podía olvidar a Rob.

Asentí con la cabeza. Estaba a punto de llorar como una niña, pero me mantuve estoica frente a la mirada de acero de mi padre.

—Precisamente —agregué—. No soy una niña. Como única hija del clan McCulloch, creo que es mi responsabilidad ayudar con el problema de la rebelión de Dalry.

Ante la mirada atónita de mi padre, saqué mi cuaderno de notas.

—¿Qué tienes allí? —mi padre me interrogó.

—Esto...—le dije extendiéndole mis notas —Es una solución a la crisis de Dalry. Estudié los gobiernos de nuestros antepasados, y no es la primera vez que algo así ocurre. Nuestro tatarabuelo

Andrés I atravesó una situación similar, y la solucionó sin necesidad de ir a batalla. Tomé algunas notas de cómo podríamos implementar sus medidas y remediar la situación sin que los campesinos pasen hambre y sin que nosotros derramemos sangre.

Mi padre abrió sus ojos de par en par. Tomó mis notas en sus manos y las hojeó rápidamente. Pero no encontré en él la reacción que yo esperaba. De hecho, parecía molesto.

—Andrés I fue un rey mediocre...no tenía experiencia militar alguna...—mi padre dijo arrojando mis notas con desprecio.

—No era un buen soldado, es cierto. Pero era un buen rey. No hubo guerras ni hambre durante su reinado...—agregué.

—Esto no es asunto tuyo —sentenció mi padre.

Estallé de furia.

—¿Cómo no es asunto mío que mi propio clan viva en paz?! ¿Qué nuestros aliados tengan una vida digna? ¿No debería preocuparme una guerra civil donde se derrame la sangre de nuestro clan?

—¿Sería asunto tuyo si fueras hombre! —aulló mi padre, y su vozarrón reverberó por las paredes del comedor. Mi madre se cubría la boca, disgustada y a punto de llorar. Mi padre se calmó y bajó la voz—. Tu deber es ser una buena esposa, Beth. Ocúpate de cuidar tu salud y olvida la política.

Estaba furiosa. Había hecho lo se esperaba de un heredero en una situación así; me había involucrado en política e historia, me había instruido en economía y había perdido noches enteras de sueño buscando una solución viable para la crisis. Y lo había logrado. Sin embargo, mi padre seguía decepcionado de mí, simplemente por ser mujer. Ninguno de mis conocimientos o esfuerzos serían recompensados solo por no haber nacido varón.

De pronto, sentí una punzada en el pecho. Un dolor y un pánico que me hizo olvidar de las fricciones con mi padre.

Necesitaba ver a Rob.

Después de cenar me despedí de mis padres y me retiré a mi dormitorio. Lo esperé como todas las noches en mi cama, con un horrible cosquilleo molestando mi estómago. Mientras aguardaba, pasé una mano por mi vientre ¿realmente esto estaba ocurriendo? ¿Realmente llevaba al bebé de Rob en mi interior? Más allá del miedo, yo estaba feliz.

No tenía idea de cómo resolver esta situación, si estaba embarazada, y mi boda con McClumsky ocurría pronto, había muchas chances de hacerle creer que el hijo era suyo. No me gustaba mentir, pero no se me ocurría otra opción. No podía confesar que el padre de mi bebé era Rob, mi supuesto hermano.

Necesitaba verlo, necesitaba contarle esto. Tal vez él tenía alguna solución, tal vez podíamos huir juntos.

Pero ¿adonde?

Esperé y esperé, con mi vista fija en la puerta, pero Rob tampoco me visitó esa madrugada, y yo me quedé dormida entre mis propias lágrimas.

A la mañana siguiente tampoco no lo encontré ni en los pasillos ni en el salón del desayuno. Lo busqué en el patio de esgrima y en la caballeriza; no estaba por ningún lado.

Me estaba desesperando.

Rob había desaparecido de la faz de la tierra.

Lo necesitaba tanto que sentía verdadero dolor físico. Por la tarde, volví a recorrer todo el castillo en búsqueda de Rob. Le pregunté a cada criada, sirviente y mozo que me crucé, pero nadie

sabía nada de él. Empecé a sospechar que tal vez sabían algo sobre su paradero, pero no querían decírmelo, y eso me volvía aún más loca y frustrada.

Desesperada, corrí al estudio de mi padre. Estaba convencida que me estaba ocultando algo, y si había alguien que supiera algo del paradero de Rob, ese sería mi padre. Además, yo debía insistir en convencerlo de aplacar la rebelión en forma pacífica. Si iba a traer un hijo a este mundo, ese mundo debía ser seguro y justo para con todos.

Rumbo al estudio de mi padre, di otro vistazo rápido por el patio, pero no había noticias de mi Rob.

Crucé la puerta de su estudio y lo encontré bebiendo vino en su escritorio. No era buena señal.

—Beth —dijo al verme—¿Qué haces aquí? ¿No es hora de tu clase de bordado?

—Padre, debo insistir en que resuelvas esto por el camino pacífico —supliqué con calma.

—No debes preocuparte más por Dalry de todas maneras...—mi padre volvió a beber—. Ya he enviado hombres hace una semana para aplacar la rebelión...para mañana las cosas volverán a la normalidad y toda esta rebelión ridícula será olvidada para siempre.

Sentí una punzada de miedo al oír sus palabras.

—Padre...—pregunté con voz temblorosa— ¿Dónde está Rob?

—No debes preocuparte más por el— me dijo.

—¿¡Dime dónde está?!—Estallé, golpeando el escritorio de mi padre con ambas manos. Incluso él se asustó de mi rugido.

—Lo envié a Dalry...—finalmente me respondió—. Envié cien hombres para aplacar la rebelión, ordené a tu hermanastro que fuera con ellos.

—¿Aceptó luchar contra su propia gente? —algo no me cerraba. Luego recordé que Rob me había dicho que Dalry nunca fue realmente su hogar. Parece que lo mismo le había dicho a mi padre.

—No tuvo otra opción...—mi padre prosiguió—. Le dije que, si quería continuar viviendo aquí, debía probar su valor.

—Rob no tiene experiencia militar....—susurré —Lo has enviado a su muerte.... ¡a tu propio hijo!

—El bastardo era un problema...—mi padre dijo fríamente. —Fue un error traerlo aquí en primer momento; bebía, peleaba, era grosero con tu madre....incluso tú no lo soportabas al principio, ¿recuerdas cómo te faltaba el respeto y lo odiabas?

—Sí...todas esas cosas eran verdad...—balbuceé.

*Pero yo lo amaba.*

Sin embargo, no podía decirle eso último a mi padre. En su lugar, tragué saliva, lo miré a sus ojos de acero y le dije:

—Yo me uniré a él.

Abandoné su estudio con grandes zancadas, mi padre gritaba a mis espaldas, desesperado.

—¡Beth, estás loca!

—Tal vez lo estoy.

Tal vez lo estaba. Pero, no podía dejar al hombre que amaba morir solo. Prefería morir con él y con el niño en mi vientre, que continuar viviendo una mentira. Prefería arriesgarme a crear un mundo de paz para mi futuro hijo, que traerlo a un mundo de sangre y mentiras.

Y estaba dispuesta a morir por ello.

—¡Te matarán!

—Entonces moriré luchando por mi clan... ¿acaso no es eso honorable, Padre?

Llegué a las caballerizas y ordené que me prepararan un caballo de guerra. Luego ordené que me ayudaran a calzarme una armadura y cota de malla de mi tamaño. Jamás había usado una, y mis piernas temblaban de pánico. Tomé mi mejor espada y la colgué a mi cinto. De nuevo, tenía mucha experiencia con espadas de madera, pero ninguna con acero. Ninguna en plena guerra o rebelión.

Mi caballo estaba casi listo y también lo estaba mi escudo. Mi estómago me daba vueltas y tenía vomitar. Jamás había sentido tanto miedo en toda mi vida, le di un vistazo rápido al castillo, al cielo otoñal de McCulloch, y me di cuenta que esa podría ser la última vez que lo mirase.

Sentí pánico, y acaricié mi vientre protegido por la armadura, No quería morir, quería que mi hijo viviera.

Mi madre apareció en la caballeriza; rara vez dejaba que sus vestidos se ensucien allí. Pero esta vez corrió a mis brazos con los ojos llenos de lágrimas. Mi padre era astuto; sabía que, si alguien podía convencerme de no ir a Dalry, sería ella.

—No vayas, Beth ¡Por favor!— mi madre lloraba, mojado mi armadura con sus lágrimas. Me rompía el corazón verla así. Pero también lo hacía imaginar a Rob enfrentando una muerte solitaria en los campos de Dalry. O en mi hijo naciendo en un matrimonio sin amor y sin conocer a su verdadero padre.

—Debo hacerlo, madre...—insistí. No podía explicarle por qué.

Mi madre iba a decirme algo, cuando su voz fue silenciada por las trompetas. Anunciaban que nuestros hombres volvían al castillo. Las puertas se abrieron y mi padre corrió a recibirlos.

Cien hombres se habían ido, y menos de la mitad volvían ahora, con sus escudos abollados y sus espadas y armaduras ensangrentadas. Todos lucían agotados pero satisfechos, mientras los estandartes de nuestra familia ondeaban en al aire. Pero yo no encontraba a Rob entre las filas.

De pronto, un caballo negro se adelantó para enfrentar a mi padre. Su jinete descendió y se arrodillo frente a mi padre. Cuando se removió el yelmo, reconocí esos rizos rojos y esos ojos verdes abajo la piel golpeada y sucia. No pude evitar que las lágrimas de alegría rodaran por mis mejillas. Y poco me importaba si alguien las veía.

—Lord McCulloch...hemos triunfado...Dalry es suya— Rob le dijo a mi padre.



## Capítulo diez

Esa misma noche en McCulloch hubo un festín como no se había visto en años. Nuestro gran salón estaba repleto de gente, comida y música. Todo el mundo reía, bebía y cantaba. La paz había sido restaurada y los violentos eventos recientes parecían haber sido olvidados.

Pero yo no olvidaba.

Mi supuesto hermano Rob había recibido un baño y un corte de pelo, y ahora estaba usando finos ropajes de terciopelo con los colores de nuestra casa y el escudo familiar finamente bordado en su pecho. Estaba sentado al lado de mi padre en la mesa, quien le palmeaba el hombro orgulloso y no paraba de presumir sobre el coraje del muchacho en batalla. Incluso mi madre le ofreció una sonrisa cortés a Rob, pero yo sabía que, en su corazón, ella jamás lo aceptaría.

Por mi parte, yo me mantenía en un rincón alejado del salón. Me alegraba que mi hermano recibiera honores, pero la hipocresía me hacía girar la cabeza con náuseas. De pronto, tuve la necesidad de estar sola. Las risas fuertes, la música y el fuerte olor a comida me provocaban náuseas. Le di una última mirada a Rob a la distancia, y mi corazón se llenó de alegría una vez más al verlo sano y salvo en las paredes de nuestro hogar.

Pero todavía había un gran problema.

Hice que un par de sirvientes llevaran una tina de acero a mi recámara y la llenaran de agua caliente así me daba un baño antes de ir a dormir. No quería arruinarles la posiblemente única noche libre que tendrían en el año, así que los dejé unir de nuevo a festín y me bañé sin su ayuda.

El agua tibia se sentía bien sobre mis músculos, doloridos después de la tensión de la última semana. Dejé caer mi cabeza sobre el borde de la tina y cerré los ojos, dejando que cada nervio en mi cuerpo se relajara. El único sonido en mi recámara era el fuego de la chimenea crepitando suavemente.

Oí mi puerta abriéndose y alguien entrar a mi recámara. No necesitaba abrir los ojos para saber quién era, así que solo me limité a sonreír.

—¿Cómo te atreves a estar ausente en mi festín? —Rob bromeó mientras cerraba la puerta detrás de él.

Abrí los ojos y observé a mi Rob, aún con sus ropajes nuevos y perfumados, su salvajismo resplandecía en sus ojos verdes.

—A ellos no les importas...—me encogí de hombros en la tina.

—¿Te crees que no lo sé? —Rob dio unos pasos hacia adelante y se apoyó en el borde de la tina. —No hay ni siquiera una persona en esta fortaleza que se preocupe por mí.

*Si había una, una que estuvo a punto de morir por ti, pero se me hizo un nudo en la garganta y no dije nada. Solo me quedé observando esos ojos verdes, infinitos, mientras Rob jugaba formando estelas con su dedo en el agua de la tina.*

—¿Por qué no te me unes? —le sonreí.

Rob no respondió, al menos no con palabras; se puso de pie y comenzó a quitarse la ropa. Para

estas alturas, mis ojos ya conocían de memoria cada centímetro de su cuerpo. Aun así, me deleitaba estudiar cada rincón de su piel. Esa noche había varias cicatrices nuevas a lo largo de su pecho y espalda, un recordatorio de la rebelión fallida en Dalry.

—¿Por qué lo hiciste? —me sentí obligada a preguntar mientras Rob sumergía su cuerpo en la tina.

—No tuve otra opción...—Respondió mientras se sentaba frente a mí, con sus rodillas flexionadas por arriba del agua—. Si me negaba, tu padre me hubiese expulsado—

—Entiendo —Asentí con la cabeza.

—No, no entiendes —Rob se adelantó y puso su dedo en mi mentón, obligándome a mirarlo a los ojos—. Me importan una mierda, tanto McCulloch como Dalry, lo hice por ti, Beth. Si la rebelión culminaba en una guerra civil. Hubieran saqueado la fortaleza de tu padre. Te hubieran asesinado, tal vez cosas peores. Fui a batalla porque quería asegurarle una vida de paz a la mujer que amo.

Acerqué mi rostro y lo besé en los labios, me sentía tan sobrecogida que las palabras no me salían. Rob me respondió el beso, tomando mi rostro con ambas manos. Luego se arrastró sobre mí y recorrió mi pecho con sus manos. Recliné mi espalda contra la tina mientras Rob me besaba el cuello y los pechos. Sus labios sobre mi piel mojada me causaban escalofríos. Finalmente me incorporé y lo besé de nuevo, esta vez con más urgencia. Rob también estaba hambriento por mí, y mordió mis labios mientras me saboreaba.

Casi olvido cómo respirar, mientras Rob me besaba con tanta urgencia y yo me sujetaba a su cabello mojado como si mi vida dependiese de ello. Nuestros cuerpos estaban casi pegados, y yo sentía bajo el agua tibia su polla dura presionando contra mi cuerpo. Todo mi cuerpo empezó a pulsar con necesidad, mientras Rob me presionaba fuerte contra su pecho.

Pronto la tensión aumentó y yo sentía mi clítoris a punto de explotar, mientras Rob frotaba sus caderas contra mí de manera deliciosa. Luego de unos instantes, Rob empujó mi cuerpo con ambas manos, obligándome a reclinar mi espalda de nuevo contra la tina. No sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero relajé mi cuerpo y lo dejé tomar el control, como siempre.

Rob se montó a mí, haciendo que el agua a nuestro alrededor chapoteara. Inclino su cabeza sobre mi cuerpo y besó mi cuello, mis pezones, mi estómago. Yo me estremecí cuando sus labios aprisionaron uno de mis pezones, y envolví su cuerpo fuerte y mojado con mis muslos.

—No quería que nos separasen...—Rob dijo mientras me penetraba despacio.

Dejé escapar un grito de placer mientras sentía lo ajustado que se sentía en mi interior. Me aferré de su cintura mientras el continuaba avanzando. El agua lo ayudaba a deslizarse, y cuando todo su largo estuvo dentro de mí, yo sentí que moriría allí mismo.

Rob comenzó a moverse con más velocidad. Movía sus caderas de una manera increíble, enterrando en mí su polla casi completa con cada embestida. Su rostro estaba enrojecido de placer, y sus manos me sujetaban con fuerza y gentileza a la vez. El agua salpicaba por todos lados con el ritmo frenético de sus estocados, y yo enloquecía de placer por tenerlo una vez más dentro de mí.

Mis músculos se contraían alrededor de su polla y me hacían gemir de placer. No sabía cuánto tiempo más podría aguantarlo. Rob gruñó de placer y reclino su torso contra el mío. El agua salpicaba, pero poco nos importaba.

—Te necesitaba tanto, Beth —Rob susurró contra mis labios mientras los mordía, y seguía embistiendo su polla dentro de mí.

Yo dejé escapar un gemido de placer. Por un instante temí que alguien lo haya escuchado, pero

la fiesta y la música seguían sonando en el salón principal.

Los sonidos que yo emitía, y lo duro de su polla hicieron que yo perdiera el control. Me dio una últimas embestidas, con una brutalidad que jamás creí soportar. Rob gruñía con aprobación, su rostro contorsionado por el placer. Por un momento temí que la tina iba a romperse; ya casi no había agua dentro de ella y nuestros movimientos eran cada vez más vigorosos.

Finalmente, sentí mis músculos internos contraerse con un violento espasmo alrededor de su polla. Mi cuerpo se contrajo de placer también, mientras el semen de Rob brotaba con fuerza, llenándome. Yo también me corrí, mi cuerpo pulsaba de placer contra el suyo.

—Mira el desastre que has hecho —Le sonreí, unos segundos después, mientras ambos tratábamos de recuperar nuestro aliento.

Rob se reclinó sobre mí y besó mi estómago y mi pecho izquierdo. Luego besó mis labios.

—Estaba desesperado, Beth, Creí que nunca volvería a verte.

Lo besé de nuevo, sintiendo su sabor en mis labios. Nos quedamos unos instantes más en la tina, a pesar de que la poca agua que quedaba en ella ya se había enfriado por completo.

Eventualmente, salimos de la tina y nos secamos el uno al otro entre besos y risas. Convencí a Rob de quedarse a dormir en mi recámara; le diríamos a la gente que estaba tan borracho después del festín que no encontró la suya. Él titubeó al principio, no le parecía un buen plan. Logré convencerlo con un par de besos más. Cuando estuvo entre mis brazos bajo las sabanas, Rob no se quejó más.

—¿Rob? —pregunté contra su cuello mientras nuestros brazos y piernas estaba entrelazados bajo el calor de mi cama.

—¿Sí? —me besó la frente, mi orgasmo me había agotado mucho y estar entre sus brazos hacía que el sueño llegue más rápido, pero no podía guardar más ese secreto.

—Tengo algo que decirte.

## Capítulo once

Aquel amanecer el sol resplandecía con especial belleza, y yo observaba a través de la diminuta ventana de nuestra recámara, en el piso superior de la taberna. No me importaba que la ventana fuera pequeña, me permitía admirar cómo cada mañana la luz bañaba hasta el último rincón de Dalry; las rústicas chozas, las tabernas, las armerías, la gente trabajando y deambulando por sus caminos, y las montañas verdes a lo lejos. Suspiré; pasando esas montañas estaba mi antigua vida, una vida a la que no tenía pensado regresar.

El llanto de Liam me quitó de mi ensoñación. A mi lado, Rob se incorporó de neutra cama y caminó con pesadez hacia su cuna. Observé con una sonrisa como alzaba a nuestro bebé en sus fuertes brazos, y cómo lo acunaba con ternura contra su torso desnudo. Era increíble que un cuerpo tan fuerte y masculino fuera capaz de tanta dulzura, y al contemplar esa imagen el calor invadió mi pecho y llenó mis ojos de lágrimas de felicidad.

Sin embargo, a pesar de los mimos que le prodigaba su padre, Liam no cesaba de llorar.

—Te quiere a ti —dijo mientras se acercaba a mí con el bebe pelirrojo en brazos—. Creo que tiene hambre.

Cogí a mi hijo en brazos, ese ser que había llegado para llenar mi vida de felicidad. Mientras lo acercaba a mi pecho desnudo, agradecí en silencio que ambos pudiésemos vivir, que yo no hubiera muerto en batalla más de un año atrás.

Pero esos recuerdos horribles ya no existían. Rob y yo habíamos huido de la fortaleza del clan McCulloch para nunca regresar. El dueño de la taberna le dio trabajo limpiando y atendiendo a los clientes, y aunque ya no vivíamos en un castillo, nunca nos faltaba comida.

Liam bebió de mi pecho hambriento, y yo contemplé sus ojos verdes, grandes y redondos. Idénticos a los de Rob, idénticos a los míos. Me perdí unos instantes en la felicidad de ese momento, y cuando regresé a la realidad, encontré a Rob admirando la escena, Su cara estaba teñida de admiración y felicidad.

—¿Qué ocurre? —le pregunté con una sonrisa mientras alimentaba a nuestro hijo.

—Nada —suspiró con una sonrisa melancólica—Es lo más hermoso que he visto.

El calor hizo arder mi pecho. Cuando Liam dejó de beber, se quedó dormido. Con cuidado, Rob lo quitó de mis brazos y volvió a depositarlo con suavidad en su cuna.

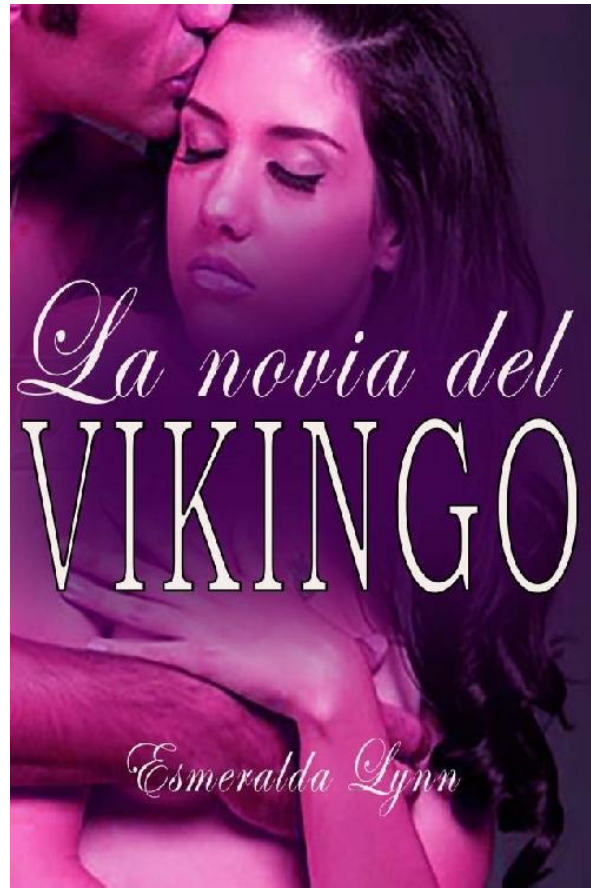
Estiré mis piernas en la cama, y Rob se acostó a mi lado. Sentí su cuerpo fuerte y cálido abrazarme, y yo sonreí contra su pecho. Sentí sus manos acariciando mi cabello.

—¿Por qué decías que Dalry era un pueblo tan horrible? —susurré para no despertar al bebé.

—Porque en cierta época de mi vida, lo era —respondió él—. Ahora, todo lo que amo está aquí.

**-Fin-**

**¡Gracias por elegir mi libro! Si disfrutas los romances eróticos tal vez te interese [La novia del vikingo](#).**



## **Sinopsis:**

*Para mí no es ningún logro obligarte a nada —dijo, y adelantó su cara hasta que sus labios estaban casi rozando los míos —Te follaré cuando tú lo desees, y esa será mi verdadera victoria. Hacer que una princesita hermosa como tú desee a un vikingo salvaje como yo.*

Luego de que su padre perdiera la guerra contra los salvajes del norte, la aguerrida Lyra deberá contraer matrimonio con el líder vikingo Thorfinn, de cabello tan rojo como el fuego.

La muchacha, que toda su vida soñó con blandir una espada y tener aventuras, no acepta bajo

ninguna circunstancia que su rol se limite a darle herederos a un hombre que no ama.

Pero debajo de esa fachada bestial Thorfinn no es lo que parece.

### **Fragmento:**

Respiré —Thorfinn aferró mi mano con más fuerza y me condujo por los pasillos de piedra de la fortaleza. Mi corazón latía tan fuerte que mis pies apenas tocaron el piso. Mi cabeza daba vueltas mientras me conducía por aquellos laberintos oscuros, y las voces del jolgorio se apagaron a medida que avanzamos.

Respiré —De pronto me encontré en una recámara abrigada e iluminada por un rudimentario hogar. La cámara era bastante más baja que las que solíamos usar en casa, cubierta de gruesas pieles de animales que la mantenían cálida. Solos oía el crepitar del fuego, hasta que Thorfinn cerró la gruesa puerta de un golpe que me sobresaltó. Lo escuché asegurar el pestillo y tragué saliva.

Respiré —Sentía que el calor me estaba asfixiando, y mi primera reacción fue quitarme la piel de lobo de sobre mis hombros. Cuando giré, Thorfinn se había quitado la túnica de lino y tenía su pecho descubierto. Sentí una extraña sensación de vértigo, de estar cayendo en un abismo a pesar de que mis pies no se habían despegado del suelo. No pude evitar observar la forma triangular de su torso, con los hombros anchos y el abdomen firme, cubierto de viejas cicatrices. Su piel era pálida, y aun así el sol había bronceado sus brazos fuertes. Una pequeña mata de vello rojizo, tan rojizo como su cabello, asomaba entre sus pectorales. Y otros rastros de vello nacían debajo de su ombligo, guiando hacia abajo. Se acercó a mí con pasos lentos, y el aroma de su piel me envolvió. Era una armoniosa mezcla de sudor con cuero y madera. Adelantó sus manos hacia mi cuerpo, y antes de que las yemas de sus dedos pudieran tocarme, yo exclamé:

Respiré —Puedo desvestirme sola— pude escuchar el pánico en mi voz ¿Por qué dije eso? No lo sé, tal vez porque quitarme mis propias prendas me daba un falso sentido de independencia.

Respiré —De acuerdo —dijo con una sonrisa. Se alejó unos pasos, hacia una pequeña mesa cerca del hogar, y se sirvió una copa de vino. Pero en ningún momento alejó su mirada de mí, y comprendí que quería observarme mientras me quitaba la ropa.

Respiré —Respiré — hondo antes de comenzar. Primero me descalcé, y aflojé el cinturón que ceñía mi cintura. Me fui quitando un por uno los collares y amuletos que las mujeres me habían regalado. Me quité el vestido de bodas carmesí, y quedé solo con la túnica de algodón liviana. Alcé mis ojos un momento y encontré los de Thorfinn, que saboreaba su vino mientras sus ojos me saboreaban a mí. Podía sentir el peso de esos ojos verdes en mi cuello, en mis piernas, en mis pechos. Las manos me temblaban, pero aun así me quité la túnica. Mis pechos quedaron expuestos y sentí deseos de llorar. Pero me mantuve firme, intentando no demostrar miedo ni emoción alguna, y me quité los paños que cubrían mi entrepierna. Era la primera vez que estaba desnuda delante de un hombre, y no supe qué hacer. Simplemente dejé caer mis brazos a ambos lados de mi cuerpo, con los puños apretados. Miré el suelo, y sentí que las rodillas me temblaban. Thorfinn hizo a un lado su copa de vino y nuevamente caminó hacia mí. Sentí sus dedos en mi barbilla, obligándome con suavidad a mirar su cara. Como una idiota, recuerdo pensar que sus ojos eran

bonitos.

Respiré —Le sostuve la mirada una vez más, desafiante. Aunque estaba tan asustada que no tenía fuerzas para pelear. Solo quería que todo terminara de una vez. Por algún motivo, mis ojos fueron a sus labios ¿acaso iba a besarme? No sabía cómo me sentía al respecto.

Respiré —Pero en su lugar, solo me dijo:

Respiré —Acuéstate en la cama.

Respiré —Asentí, y le obedecí. Eso se esperaba de mi parte ¿verdad? Obedecer a mi marido. Me acosté de espaldas sobre la mullida cama, y clavé mi mirada en el techo. Escuchaba el fuego crepitar y mi propio corazón a punto de estallar. Durante unos largos momentos, nada ocurrió. Alcé mi cuello para mirar a Thorfinn y vi que se estaba de pie al borde de la cama, terminando de desvestirse. Cuando sus pantalones tocaron el suelo, él también quedó desnudo. Miré sus muslos fuertes, cuyos músculos se contraían cuando caminaba. Sus piernas estaban cubiertas de vello, al igual que su ingle. Y de esa mata rojiza se alzaba un miembro enorme. Sentí verdadero pánico, y recordé los chismes de las mujeres con respecto a su virilidad. Incluso con mi inexperiencia, supo que no estaba erecto del todo, y aun así era intimidante. Se veía grueso y duro, con la punta enrojecida. Algunas venas azuladas se alzaban por encima de su piel húmeda, y sentí una extraña fascinación por ese cuerpo nuevo y extraño.

Respiré —Thorfinn se subió a la cama con un movimiento felino, y yo tragué saliva de nuevo. Colocó ambas manos a cada lado de mi cuerpo, sosteniendo el suyo. Estaba encima de mí pero sin tocarme, apenas la punta de su miembro presionaba sobre mi vello púbico. Esa sensación me provocó temblores en todo el cuerpo, pero no estaba segura si lo que sentía era miedo en su estado puro, o algo más. Giré mi rostro hacia mi lado derecho, para evitar que la punta de su nariz toque la mía, y sentí su aliento caliente en mi mejilla. El aroma masculino de su piel me rodeaba, y no era del todo desagradable.

Respiré —Eres tan hermosa —susurró en mi oído —¿No quieres mirarme?

Respiré —No dije nada, solo permanecí inmóvil. Sus labios besaron mi mejilla, y fue lo más cercano a un primer beso que había experimentado en mi vida. De nuevo sentí deseos de llorar, pero pronto fueron opacados por esos mismos labios en mi cuello. Su barba me producía un picor furioso, y los dientes mordisqueando la carne de mi cuello me arrancaron un sonido extraño.

Respiré —Los pezones me ardían y estaban durísimos y cuando sentí una de sus manos apretando uno de mis pechos, arqueé mi espalda en contra de mi voluntad. Sentí su barba cosquilleando entre mis pechos mientras me besaba, y cuando miré hacia abajo, encontré sus dos manos aprisionando mis pechos con suavidad. Los acariciaba de una manera que me despertó escalofríos, y cuando su dedo pulgar y su índice pellizcaron uno de mis pezones, grité.

Respiré —Thorfinn alzó su vista y sonrió. De nuevo, creí que iba a besarme, pero continuó besando mi pecho y mi estómago. Una de sus manos continuaba torturando mi pezón, y la otra descendía hacia mis piernas. Sentí sus dedos duros y callados acariciando la cara interna de mis muslos.

Respiré —No sabía que hacer; solo permanecí tendida sobre mi espalda, inmóvil mientras el vikingo me acariciaba con una suavidad inesperada. Me ardía el cuerpo y sentía un calor extraño.

Respiré —De pronto, sentí los dedos de Thorfinn en mi barbilla. Apenas uní mis ojos con los suyos él me besó. No esperaba aquello, y mantuve mis ojos abiertos todo el tiempo. Era extraño sentir los labios de un hombre contra los míos. Él los saboreaba y los mordisqueaba, y yo ni siquiera los separaba. Tampoco moví mis brazos de ambos lados de mi cuerpo, sujetando las sabanas con fuerza entre mis dedos.

Respiré —Thorfinn separó su boca de la mía y me miró.

Respiré —¿No te gusta? —preguntó, algo desorientado, y yo no tenía la respuesta a aquella pregunta. No entendía lo que sentía, ni mis propios pensamientos.

Respiré —Solo, termina de una vez —murmuré. La cabeza me daba vueltas, y solo quería dejar de sentirme así.

Respiré —Tócame —ordenó, y sujetó una de mis muñecas. Guió mi mano hacia su entrepierna y el calor que emanaba de su miembro me sorprendió. La piel parecía arder, y se sentía tan suave y tan duro al mismo tiempo. Lo rodeé con mis dedos y palpé su dureza; imaginé que tener algo así dentro de mi cuerpo sería doloroso. Observé lo largo que era, como se erguía amenazante desde la base hasta la punta, y una ola de miedo me atravesó.

Respiré —Estás aterrada —suspiró, y se tumbó a mi lado. Cubrió su desnudez con las sabanas y giró, dándome la espalda.

Respiré —¿Qué haces? —pregunté, entre sorprendida y aliviada.

Respiré —Tú no quieres hacer esto —dijo, y volvió a girar para mirarme —Al contrario de lo que dicen en tierra firme, yo nunca he violado a una mujer. Y no voy a empezar esta noche, con mi propia esposa.

Respiré —No supe cómo reaccionar a sus palabras, así que solo miré sus ojos una última vez antes de que él me diera la espalda de nuevo y se quedara dormido.

**Lee el resto de La novia del vikingo [aquí](#).**